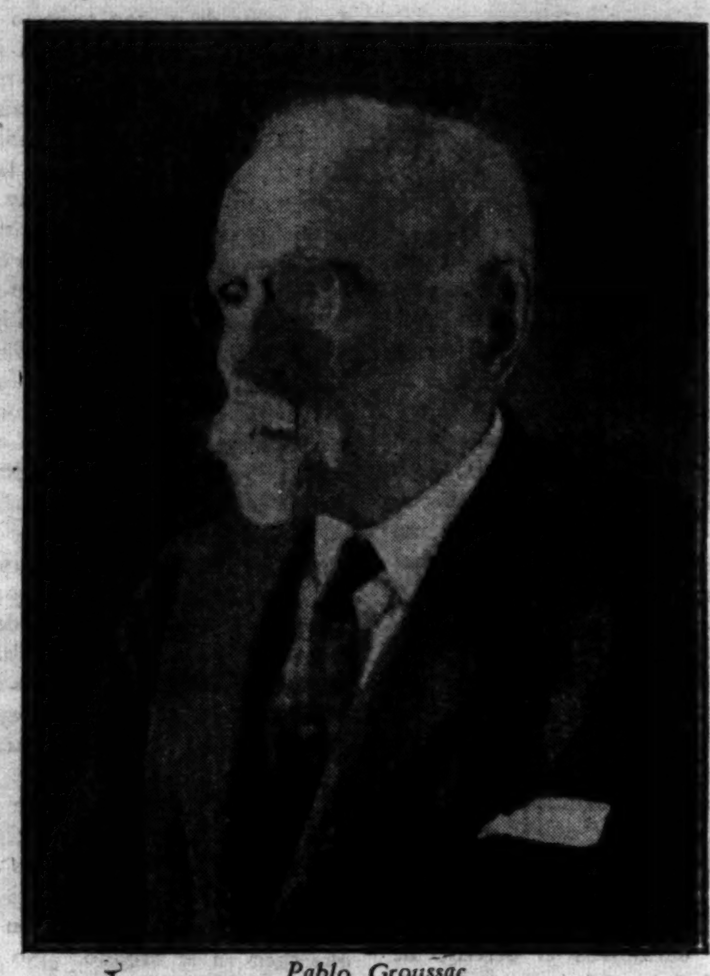
REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV | San José, Costa Rica | 1948 | Miércoles 20 de Octubre | No. 11

Año XXIX — No. 1062



Pablo Groussac

Algunos consejos de Groussac

(Es un editorial de *La Prensa* de Buenos Aires. Junio 6 de 1948)

En el centenario de su nacimiento, el escritor francoargentino Pablo Groussac ha sido objeto de muchas recordaciones públicas. Nos parecen muy merecidos y oportunos esos homenajes. En los países donde son apreciados los frutos del espíritu, no se escatiman la consideración y el aplauso a los escritores, los artistas y los hombres de ciencia. Pero no se les priva del respeto a que son acreedores mientras viven y luchan a porfía para producir obras hermosas y útiles. El elogio póstumo es siempre justo, mas hay en él algo de ingratitud por lo tardío. En nuestra América, gobiernos y pueblos suelen incurrir en esa práctica de enaltecer cuando la persona ya no existe, como si la muerte fuera necesaria para aquilatar el valor genuino y para concederle gloria a quien la mereció con creces. El general Mitre, en el último capítulo de su *Historia de San Martín*, observa que el destino de los emancipadores de acción y pensamiento en nuestro continente, es trágico. A los más afortunados les estuvo reservado el ostracismo, el olvido y la pobreza. Acaso se debiera ello a las épocas de anarquía y turbación moral que caracteriza a los períodos revolucionarios. Sin embargo, cuando la paz se restablece con el equilibrio de las instituciones democráticas y libres, ya no se concibe el desconocimiento de los valores intelectuales que no se inspiran en otro interés que no sea el bien común; y el bien común no sabe de banderías.

En nuestro país han abundado los educadores nativos y extranjeros que confiaron en la emancipación del espíritu como único medio de alcanzar la dicha del hombre frente a la Naturaleza. Ninguno de ellos fué rico. La única riqueza que poseyeron fué el inmenso caudal de fe en la cultura. Creyeron con Alberdi que no se puede gobernar sin poblar el desierto, pero ampliaron la premisa afirmando que gobernar es educar. De nada serviría una población ingente condenada a la noche mental que es la ignorancia, o algo peor, la semi-ignorancia que no sólo es incapaz de distinguir los límites que separan el bien del mal, la justicia de la injusticia, sino que siente aversión profunda hacia los vuelos de la inteligencia.

Pablo Groussac perteneció a esa pléyade de hombres representativos a los que podríamos llamar los sembradores del alfabeto, y, tal vez con más exactitud, los evangelistas del libro y del pensamiento liberador. Francés por su nacimiento, fué argentino por la calidad de su obra histórica y literaria. Sus páginas más hermosas y perdurables son las que estudian las expediciones de Mendoza y Garay, de Santiago de Liniers en las invasiones inglesas y en la independencia, de Mariano Moreno, de la época de Rosas, admirablemente reflejada en su ensayo más acabado sobre don Diego Alcorta, y de las figuras próceres que siguieron a la organización constitucional de la República.

Ejerció la crítica como un magisterio, con severidad e independencia sin ejemplo. Hubo de incurrir en ciertos excesos llevado de su amor a la verdad y a su empeño de combatir contra la hipocresía y los falsos valores. Mas ¿qué importa eso, los errores en que pudo incurrir, si se comparan con sus aciertos y su permanente preocupación por la verdadera cultura, seria, sólida, profunda? Invitamos a leer sus obras para espigar los más sesudos consejos que nos ha legado y que no se deben olvidar. Estilista de buena estirpe, se desveló por el dominio de la lengua española, y se opuso, con las mejores razones, a lo que en un tiempo dióse en llamar el *idioma nacional de los argentinos*. "No hay más idioma nacional que el castellano", dijo. ¿Qué sería de nosotros y de qué manera pensaríamos si permitiéramos que de la hermosa y rica lengua heredada saliera un dialecto subalterno desprovisto de palabras y de giros armoniosos?

Groussac defendió la buena doctrina. "Necesitamos —dijo— estudiar la historia y la lengua españolas, si queremos conocer a medias las tradiciones americanas y los antecedentes argentinos... La ilusión que consistiera, para estos pueblos nuevos, en tenerse por independientes de su pasado histórico, sólo probaría, si se prolongara indefinidamente, que del legado de la raza no han recibido más que los vicios sin las virtudes... La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso, es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza".

La lengua que hablamos y escribimos es el más seguro vínculo continental. Adulterarla o cambiarla significaría mellar y sepultar ese vínculo precioso. A nadie le es permitido expresarse de palabra o por escrito, sin la corrección gramatical de que sea capaz. Pero el bien hablar no se concilia con el palabrerío de los que buscan sonoridad sin fondo. Cuando abundan las palabras escasean las ideas. Llamó "el cultivo del floripondio" a la retórica hueca, "a los relumbrones de una sonora y hueca fraseología". El "estilo literario sobrio y preciso", huye del "campaneo verbal" con que se alucina y desvía a las multitudes.

Otros valiosos consejos podríamos recordar. Por ejemplo, no seguir a nadie a ojos cerrados. Los pueblos cultos, habituados a pensar, son más bien desconfiados por naturaleza. También son curiosos e indagan las intenciones antes de aceptar como bueno lo que se les propone. Groussac alaba la energía moral. No tolera a los que le dan más preferencia al cuerpo que al alma y "se alarman ante la merma de riqueza física, sin fijarse en la mengua de la energía moral". La superioridad intelectual es lo único que engran-

dece y salva a las naciones antes de la decadencia histórica a la que todas están condenadas: "Las naciones languidecen y vienen a menos, no por agotarse tal o cual fuente alimenticia, sino por haberse debilitado la virtud de la savia humana: mejor dicho, lo primero es un efecto, de lo cual lo segundo es la causa única".

La severidad del gran escritor que ha enriquecido con su talento las letras argentinas, creóle muchos resentimientos y enemistades. Es muy comprensible. Los caracteres independientes que no transigen con aquello que reputan pernicioso y criticable, cuentan con pocas simpatías. Pero es preferible para el pensador vivir en una torre de soledad antes que perecer entregándose a lo fácil y convencional, a lo que disimula los vicios, trasgresiones o errores. Muy acertadamente lo dijo Groussac en una página de autodefensa para sus arremetidas de combatiente insobornable: "Mejor es la herida del que ama que el ósculo del que aborrece".

Divagaciones de una pluma errante

Por Víctor LORZ

(En el *Rep. Amer.*)

Sobre las ruinas del Estado feudal nació el Estado moderno. Su nacimiento fué sincrónico con la revolución industrial en Inglaterra y con la revolución del 89 en Francia. Pero la salud del nuevo Estado ha durado bien poco. Hoy se ve amenazada de muerte por las revoluciones y contrarrevoluciones que no son sino síntomas de una grave enfermedad interna por su incapacidad para resolver los problemas sociales. Esto no puede coger de sorpresa a quien piense que un Estado nacido bajo el signo del individualismo, no puede resolver la *ecuación del hombre con su tiempo* bajo el signo del socialismo. Y que estamos en el siglo del socialismo, lo saben hasta en Las Batuecas. Es muy tonto tenerles miedo a las palabras, que no son sino signos inocentes de realidades. La palabra que hizo temblar al siglo XIX fué *liberalismo*. El que no sepa las tremendas luchas que *el liberalismo es pecado* encendió en Europa, es que vive en el limbo. Hoy, esa palabra ya digerida, es tan inocente como una novicia. Mañana será otra inocencia *socialismo*.

Decía pues, que el estado actual es impotente para resolver los problemas actuales. De aquí sus congojas y sus crisis. Y de aquí el mal de corazón de que está atacada esa famosa civilización que llaman occidental, europea, cristiana y no se cuántas mentiras más. Esa contradicción entre un Estado armado hasta los dientes y su incapacidad gubernativa, es lo que determina en la marcha general del mundo parálisis parciales que serán fatalmente un día, parálisis total y final. Este malestar, antes exclusivo en Europa por ser ella la creadora y rectora de los movimientos ideológicos universales, tienen hoy toda la amplitud del planeta, por la sencilla razón de que hasta los pueblos coloniales han madurado de golpe bajo la acción de los sufrimientos causados por las últimas dos guerras, llegando de un salto a plenitud de su mayoridad. A la segunda guerra general debemos tan enormes resultados. Y si la sabiduría no miente, *a la tercera será la vencida.*

* * *

Todos los movimientos ideológicos de nuestros días, no son sino formas de la lucha biológica entre el Estado caduco que se resiste a morir, y su hijo, el Estado nuevo que pugna penosamente por instalarse al sol. Pero es preciso tirarse a lo más hondo y más caliente de esta lucha ideológica para extraer y sacar a flote enseñanzas fundamentales. Toda revolución profunda, que merezca tal nombre, supone una transformación total del Estado vigente. Hasta diríamos que ella lleva en sus bolsillos el *juicio de residencia* para el Estado moribundo. Lo cual sucede fatalmente en toda revolución en que se cite a juicio la forma histórica del *derecho de propiedad*. Ahí es donde duele por ser la propiedad el centro supremo de la sensibilidad humana. Tocadle a un hombre en la cabeza y no pasará nada; pero tocadle en el bolsillo y sois hombre muerto. Esto se vió claro en 1789 y más claro aún en 1917. Por la proclamación de los derechos del hombre, el campesino dejaba de ser el *siervo de la gleba*, pegado de por vida a los latifundios del conde, como una ostra a su concha. Paralelo a él, el obrero manual se manumitía de la esclavitud de los gremios y era dueño de su trabajo. Se operaba pues, una transformación económica que no habían podido llevar a cabo los movimientos sociales de la Edad Media. Lo cual quiere decir que moría el *Estado absolutista*, y nacía el *Estado liberal*.

La revolución de 1917 fué infinitamente más profunda; se descuajaba el derecho de propiedad desplazándolo del individuo a la nación. Al toro de las guerras y de las disputas se le cogía por los cuernos y se le inmolaba a la paz social. Cómo en el *edad de oro* cantada por don Quijote, se borraba de la gramática convencional el *tuyo* y el *mío* y se declinaba la felicidad por el *nuestro*. De este modo, el concepto de propiedad privada, purificado de egoísmo, ganaba categoría moral y perdía su virulencia. Parejamente resolvía de un golpe problemas sociales y religiosos, logrando lo que no habían podido lograr las religiones europeas en veinte siglos de falso cristianismo: arrancar del corazón humano el *afán de atesoramiento*. Dicen que fué dicho: *no os atormentéis por el día de mañana*. Pero fué dicho en el desierto de los sordos. Hubiérase dicho mejor: *pan* y *paz*. Con el pan habría venido la *paz de las tripas;* y la otra paz, la del no-atormentarse, la paz serena, la del espíritu, habría venido por añadidura sin necesidad de códigos ni de dioses. Quería decir que había muerto otra forma histórica de Estado, dejando el camino limpio para otro Estado de nuevo tipo: el socialismo.

* * *

Ahora bien. Todo Estado que nace tiene urgencias determinadas, como condiciones de su existencia, en el nuevo orden de cosas que se propone estatuir. La urgencia del Estado socialista radica en el control de aquellas libertades que sean obstáculo para la realización del bien común. Y esto no puede asustar a nadie. La supresión total o parcial de la libertad ha sido el estado normal en que han vivido los hombres desde que hay leyes. Y han vivido casi sin darse cuenta de ello. Lo que demuestra, que el ejercicio de la libertad no es tan necesario como parece. Se prefiere el bienestar porque con pan todas las penas son buenas. Tengo para mí que, como aquel personaje de Galdós, cualquier desdichado cambiaría gozoso su libertad por unas sopas de ajo bien calientes. En anteriores trabajos he estudiado el tema de si, con respecto a la libertad tenemos otra cosa que la bella ilusión de creernos libres. Porque el mundo no es un juguete del hombre, sino el hombre un juguetes de las fuerzas misteriossa de un mundo incomprensible y pensemos también que la libertad, como todo ideal, es inasequible. Hay que aspirar a la evolución de la libertad hacia tipos más perfectos. Yo distingo tres etapas en esa eetrna aspiración del alma humana hacia su liberación ideal: la libertad incivil, la civil y la interior. La de la selva, irrestricta; la de la ciudad, restringida por las leyes; y la del individuo, limitada por el imperativo de la propia conciencia. Esta es la verdadera libertad. La más noble. La del *no desear*. No es accesible a todos sino a los espíritus superiores, y todos pueden llegar a serlo. No es la libertad de obrar lo que nos hace libres, sino la renuncia voluntaria al uso de esa libertad. Es la más antigua filosofía; desde luego la más elevada; y de seguro la más cierta. El ejercicio de la libertad presupone el asentimiento del hombre. Si el hombre asiente a un estado social en que sea preciso podarle ramas a esa planta salvaje para bien de todos, ese hombre será libre aunque otra cosa digan las cotorras de la democracia al uso. Esa famosa libertad de libre iniciativa tan celebrada por sus maestros cantores, es como la lotería que sólo le cae a uno entre cien mil. Para un afortunado que surge, cien mil menos uno que caen en el camino. ¿No sería más sabio ponerlos en pie de igualdad a todos? Tal es la tesis del Estado socialista. A esta conclusión se ha llegado, no a tontas y a locas, sino al través de un largo proceso dialéctico que pone al descubierto las contradicciones de nuestras democracias. El Estado liberal se vuelve loco resolviendo problemas que se vuelven a plantear a la mañana siguiente. Y un remedio, o cura el mal de raíz o no es sino remedio de curandero. Porque no es el caso de echar mano de ese remedio heroico que en la farmacopea política española se llama *ungüento de soldado*. ¿Una turba alborota la calle porque en casa hace frío o porque no hay pan? Pues, una aplicación de plomo entre pecho y espalda *manu militari* y ya está. Esta es la famosa droga. Mejor sería que nadie tuviera hambre ni frío para que ningún doliente turbara la paz pública en esa Gran Vía Dolorosa que es hoy todo el mundo. ¿Es esto posible? Sí, disciplinando la libertad. Obsérvese cómo en las tres etapas hacia la liberación, la libertad va desapareciendo en cada etapa.

* * *

Una nación es una gran empresa anónima a efecto de realizar en un microcosmos geográfico los fines políticos, sociales, económicos, culturales, científicos y artísticos que permitan sus posibilidades. Ahora bien. En ninguna empresa de escala y fines reducidos se tolera que nadie haga *su real gana*. Hay un cuadro general de acción dentro del cual, cada componente tiene que seguir una línea estrictamente delimitada. Un casillero de deberes para ca-

da uno, sin que haya un solo espacio donde quepa holgadamente *la real gana*. *La real gana* se queda para cuando se tome cerveza con los amigos. Esto es lo sabio. Y yo digo que, por muchas coplas que le cantemos a la libre iniciativa, *la real gana* está llamada a desaparecer antes que la forma poética. En varias naciones se advierten síntomas de que todo ciudadano será sometido a una disciplina de trabajo con arreglo a planificación, sin que le valga su tía. El tono más agudo lo dió la libre Inglaterra según la declaración del gobierno laborista del 5 de mayo del año pasado.

Realmente, en el Estado liberal todo es anarquía en la producción. Un ejemplo. En cualquier ciudad hay una o dos o diez tabernas cada cien metros. Llegan varios ciudadanos robustos y ponen sendas tabernas más. Pero, señor, ¿para qué tanta taberna que no hace falta, con tanto tabernero robusto, cuando hacen falta brazos robustos que siembren patatas o arroz, que manejen el arado, que rompan las minas o extraigan la sal? Otro ejemplo. Un dentista se enriquece fabulosamente, mientras un campesino no gana para zapatos. ¿Por cuál razón esta discriminación de oficios? ¿Por qué al uno que extrae muelas no se le tasa su trabajo, y al otro que le pone la mesa a la nación se le tasa el suyo? ¿Es más difícil ser un buen dentista que un buen agricultor? ¿Es más noble sacar dientes que sacar la vida del seno de la Gran Madre? Otro. Por cada quilo de riqueza que se produce, hay diez comerciantes que lo venden y que medran con el sudor del pobre diablo que gasta su cuerpo y su alma luchando con la fatalidad de su destino. Ya que la civilización moderna está basada sobre la gran producción, la fórmula en una sociedad justa no puede ser sino esta: sólo el productor puede vender lo que produce y fijarle precio, pues nadie puede vivir del trabajo ajeno. Se acabó el

Sic vos non vobis mellificatis, apes.
Sic vos nan vobis fertis aratra, bobes.

La vida de geórgica virgiliana no existe ya en el mundo. La vida ya no es idilio sino tragedia. Y quédense las geórgicas para los humanistas. Pero, si se les respeta a todos su *real gana* para seguir el camino del menor esfuerzo, yo propongo esta ley de justicia: "Desde que por las leyes de un Estado liberal que permiten a unos ciudadanos enriquecerse siguiendo la línea del esfuerzo máximo, la mitad de sus ganancias pertenecen al Estado". En el terreno de la doctrina y de la justicia, esto es irrebatible.

* * *

Los pueblos, la masa anónima e infinita carece de conocimiento científico u objetivo. A falta de él, *adivina*, o huele con la nariz del corazón, que diría Quevedo. U obra por intuición, que es el conocimiento subjetivo. A la luz de este subconsciente, vislumbra vagamente la verdad esté donde esté y llámese como se llame y hacia ella se dirige con paso firme. Esto quiere decir que el alma de las muchedumbres tiene una vaga concepción socialista del Estado. Basta tomar el pulso del mundo. La síntesis científica es patrimonio de unos pocos. Pero las grandes masas humanas teniendo necesidad de una fe y no pudiendo captarla por la síntesis, se orientan por esa brújula interior que es *lo subjetivo*, que es lo *intimamente verdadero*, como quiere Baroja. Desde hace un siglo esas masas andan en busca de dos cosas: una democracia de otro tipo y una religión de otro signo. Adivinan la primera en un Estado socialista, y la segunda en una fe socialista. No hay que asustarse. En tiempo de guerra, todos los Estados son socialistas y totalitarios. Dueños absolutos de vidas y haciendas. En cuanto a la fe socialista, es una fe humana, natural, de tejas abajo, sin pecados y sin dioses, y sin otros dogmas que la cooperación, la igualdad y la fraternidad. En cuanto al Estado digo que, por mucho que se alabe la democracia liberal, le faltarán siempre estos dos elementos místicos, religiosos y morales que son el *gran binomio de honor* de la civilización socialista: *la cooperación más la hermandad*. Y si de religión humana se trata, simbolicemos al hombre nuevo que busca la verdad, en Fausto, el que después de largas navegaciones por el mar de los libros se declara vencido y afirma que no sabe nada. Pero Fausto se engaña porque ha aprendido a perder la fe en los cielos teológicos. Y esto lo impele a buscar una fe racional que le sea infundida como la luz de un teorema. Este es el nuevo Fausto que cada día se resiste más a ser alimentado con la leche aguada de las religiones fracasadas. Como lee y piensa, sabe que la historia del cristianismo es la de una quiebra total. Sospecha que el hombre hindú y el hombre chino y el parsi y el griego y el romano eran más buenos, o menos malos que el hombre cristiano. En vano insiste Verdiaeff en que el fracaso del cristianismo no se debió a éste sino a los cristianos. Esto se llama jugar a las palabras. Porque los cristianos son el producto del cristianismo y los cristianos han fracasado siempre. *Nunca hubo cristianos*. Ergo: el cristianismo es irrealizable. Es, pues, empresa de locos tratar de volver a una religión que nunca ha sido realizada. El hombre no ha sido redimido. Lo ha ido redimiendo poco a poco la filosofía y lo acabará de redimir el socialismo, religión futura, por la fraternidad, la igualdad y el bienestar para todos los hombres. Quizá tendrá que desaparecer previamente el mito de la civilización cristiana y del hombre cristiano. Pero la desaparición de una mentira siempre es un bien. En este terreno se mueven hoy los grandes pensadores. Y no se olvide que es el pensaminto el que dirige la marcha del mundo. Sí. Lo que las grandes inteligencias piensen, quieran, hagan o digan, eso es lo que habrán de pensar, querer, hacer o decir algún día todos los hombres.

* * *

Bueno. Lo que ha pasado con el cristianismo está pasando también con la democracia liberal o liberalismo clásico. Y así como el primero no ha podido cambiar el corazón humano, tampoco la democracia burguesa ha liberado al hombre. Es inútil hablar de libertad sin igualdad. Es absurdo hablar de igualdad sin economía. En una ciudad de cien mil habitantes, dos mil visten como Petronio, el *magister elegantiarum*, y el resto, como Arlequín. ¿Dónde está la igualdad? Libertad, igualdad y economía son el triángulo humano en que cada lado está en función de los otros dos, formando una unidad indivisible los tres. Habiendo dejado de ser el Estado burgués una forma fecunda de justicia social, el alma de las masas pide cambios de rumbo hacia otras formas de liberación. No cabe empecinarse en que la libertad es una forma absoluta. Ni libertad, ni soberanía, ni derecho, ni ciencia, ni moral, ni Dios son categorías absolutas. *Todo deviene absolutamente*. Hoy, como en la escuela jónica, la ciencia enseña lo mismo que enseñaba Heráclito hace 2.600 años:

Epi ton áuton pótamon, óudeis éke lousómenos dis.

Nadie se baña dos veces en el mismo río. Al segundo baño, ni el río ni el hombre son los de antes. La relatividad de todos los valores es el único *absolútum* de la ciencia. La soberanía, frente a las guerras y sus resultados. La moral, ante sus contradicciones. La libertad, ante sus fracasos. La ciencia, a partir de Einstein. ¿Y qué decir del Gran Absoluto o Dios? Algún día escribirá la historia de las metamorfosis de ese famoso *Incognoscible*, o Dios, o Dieu, o Dío, o Deus, o Zeus, o Devas, o el Sol, que desde su hermoso atributo el *Brillante*, se ha convertido en el *Terror de los Mortales*. Al *Brillante* los teólogos lo han zarandeado tanto que no hay por dónde cogerlo. Sólo en el siglo XVII sopla un aire fresco para la teología, y es un teólogo laico y judío, de origen español, Benito Espinosa, el que limpia a Dios de los salivazos de la iglesia. *Dios es el Gran Todo* o *Gran Pan*. Filosofía noble y elevada, la única que la razón y la ciencia compren-

den, al hacer del *Incógnito*, igual al Universo, *la Suma Total de las Leyes de la Naturaleza Obrando en Común*. Concepto parecido al de lo filosofía vedanta en la que *Todo es Brahma*. Brahma es la sustancia universal en la que todos estamos sumergidos y en la que todos nos resolveremos. Excelsa doctrina que se traduce en el amor infinito de los indostanos por todos los seres vivientes, y que se resume en la famosa frase sánscrita tan celebrada por Shopenháuer: *Tat túmam ási, tú eres eso*. Reflexionando sobre el tema, se llega a la conclusión de que, de Dios sólo existe la necesidad de creer en él. Necesidad cada vez menos necesaria, en la medida que crece el conocimiento. Yo no la necesito.

* * *

Al enumerar arriba algunas categorías o conceptos generales, adrede no incluí entre ellas el derecho. Brevemente lo voy a considerar en su relación con la propiedad y con el Estado burgués, para cerrar el presente estudio. Tampoco el derecho es un concepto absoluto, pues siendo una *relación del hombre con el tiempo*, tiene que ser lo suficientemente elástico para expresar la resultante de esos valores en esa ecuación cambiante. Si el hombre y el tiempo evolucionan, su relación no puede expresarse en una fórmula rígida. Por eso el derecho de propiedad ha tenido que seguir la trayectoria de la historia. Comunal, consuetudinario y no escrito en su fase primitiva, empezó a ser escrito, formalista, individualista y absolutista con las Doce Tablas. Escrito, cientéfico y cesarista desde Papiniano, en armonía con el *latifúndium*. Para el propietario todos los derechos, desde el *utendi et abutendi* hasta el de *non laborandi*. El *yo* sobre todo, aunque el *no-yo* perezca de hambre. La Edad Media, heredera del derecho romano, lo modificó en parte haciéndole dual: *irrestricto* para la propiedad feudal de la aristocracia, y *comunal* o *colectivo* para los concejos. Aún quedan reminiscencias (ejidos) en muchos concejos de España y América. En la edad moderna, gran parte de la propiedad feudal y ejidal ha pasado a la burguesía y bajo el signo del derecho romano. Y así hasta la época actual en que ha hecho eclosión un fenómeno extraordinario y nuevo en la historia: las huelgas. Las huelgas no son un capricho de nuestro tiempo, ni producto de generaciones espontáneas. Son la enfermedad de toda una civilización y diagnostican que ella está herida de muerte. El Estado liberal en que ese tipo de civilización se asienta, se rompe cada mañana la cabeza buscándole soluciones a un problema que renace al día siguiente con puntas más agudas. Pero no desciende a las raíces del problema que están en la contradicción irreductible entre la producción y el consumo. Y mientras no se resuelva esto, no se curará nada; y menos con aplicaciones de ungüento de soldado. La civilización liberal tiene estructura de pirámide: ancha base de trabajo servil, rematada por un gozador solitario. El nuevo tiempo exige un nuevo derecho: una concepción de la sociedad y de la propiedad de estructura cilíndrica. Areas de producción y consumo, de trabajo y disfrute, del mismo diámetro. Hacia esta concepción va evolucionando por etapas el viejo Estado, porque se va dando cuenta de la gravedad de la hora presente. El miedo a *las palabras* y a *Tío Sam* le impiden correr como él quisiera. El cambio necesario supone desde luego la dislocación del derecho romano de sus



bases milenarias, para convertir en cilindro la pirámide.

Toda la humanidad es hoy una gran familia, en economía, en comercio, en cultura. Ni el individuo ni la nación pueden desconectarse de su solidaridad con el conjunto humano. Cada *yo* va uncido al *nosotros*; cada *mío* se inclina en función del *nuestro*. Es que ha nacido el *derecho social*, sincrónico de la *ciencia social*, órganos de la *función social*, ya que es la función y no al revés, la que crea el órgano. Ni el *derecho social* ni *la ciencia social* son concebibles en una época anterior a la nuestra. Las *ideas* y las *semillas* nacen cuando el clima (moral o material) es propicio para que nazcan. Por esto, *ideas y semillas* nacen en el minuto histórico en que *deben* nacer. Y ni un minuto antes. Ni un minuto después. Y hay que saludar estos nacimientos, pues los trae la razón y no el capricho; el tiempo y no los hombres. Nacen cuando deben nacer. Necesariamente. Fatalmente. Inexorablemente. Por el determinismo de las leyes naturales que rigen la evolución universal en la eternidad del tiempo y en la infinitud del espacio. Algo es ya que el Estado vigente se dé cuenta de que la propiedad y el trabajo son funciones sociales. Y que, ni el propietario es dueño absoluto de su propiedad, ni el obrero puede vender a su antojo su trabajo. Un superderecho, una hipoteca del Estado pesa sobre ambos. Este relativismo de los factores de la producción es ya un reconocimiento del principio de socialización y demuestra que el Estado burgués está en crisis. Y prueba también que la civilización capitalista está encinta de una hija suya más hermosa y más buena: la civilización socialista. Son fatalidades de la biología y de la evolución y no tienen remedio.

Y para terminar, oídlo bien: *Toda semilla es una evolución que empieza. Pero esa semilla será fatalmente un día, o una planta humilde pero perfecta, o un baobab gigante y también perfecto*. Oídlo bien: *Toda ideología nueva es también una evolución que empieza. Y toda evolución que empieza, será infaliblemente un día una evolución acabada, consumada, realizada. Y todas las fuerzas del mundo no serán bastantes para impedirlo*. Pas plus.

Víctor LORZ.

San José, Costa Rica, agosto de 1948.

Costarricenses ilustres, cuyos nombres figuran en las aulas de la Escuela COSTA RICA

Por *Vicente SAENZ*

(En el *Rep. Amer*. Envío del autor, con estas palabras que mucho le agradecemos: "*A don Joaquín García Monge, esta copia de apuntes para escolares, y el deseo de tener noticias suyas y de Costa Rica —la auténtica— como demostración de que la pequeña patria vive siempre en mí. Su viejo admirador e invariable amigo*, Vicente Sáenz". (México, D. F., 25 de agosto de 1948).

(Apuntes de una plática del autor en dicho plantel, México, D. F., con objeto de abrir un concurso de biografías entre el alumnado. Se quiere celebrar en esa forma el 15 de setiembre próximo, aniversario de la Independencia Centroamericana).

Fray Antonio de Liendo y Goicoechea

Nació en Cartago, capital de Costa Rica, durante la Colonia, el 3 de mayo de 1735. Tomó los hábitos de Franciscano desde muy corta edad. Sus principios en materia social revolucionaron las ideas escolásticas de aquel tiempo. Leía constantemente a los clásicos y a los filósofos europeos, en especial a Descartes y a los enciclopedistas. Viajó por España durante el reinado "liberal" de Carlos III, enemigo de los jesuitas hasta expulsarlos de sus dominios; pero que en tratándose de los hispanoamericanos, "sólo eran súbditos, nacidos para callar y obedecer y no para discurrir".

Radicado en Guatemala al regresar de Europa, publicó numerosos trabajos sobre teología, otras cuestiones religiosas y temas político-económicos. Sirvió durante 30 años la cátedra de Filosofía de la Universidad de San Carlos de Guatemala y con valor extraordinario se enfrentó al escolasticismo, al abuso de los encomenderos y a otros males o vicios de aquella época. Predicaba, por ejemplo, la "necesidad de dar honor y trato humanitario a las clases infelices, porque son ellas las que

ejercen las artes y oficios, y las artes no prosperan cuando están envilecidas las manos que las manejan".

Murió en Guatemala en 1814, a los 79 años de edad.

Presbítero don Florencio del Castillo Nació en Ujarrás, pequeña villa de la actual Provincia de Cartago, no se sabe a ciencia cierta si en 1872 o en 1873. Así como algunos de sus compañeros, hizo sus estudios en la Universidad de León, Nicaragua. Gran orador, estudiante acucioso, latinista.

Regresó a Costa Rica en 1806, nombrándosele cura de Alajuela. Enviado a España como representante en las Cortes de Cádiz, sobresalió de tal manera en la tribuna parlamentaria, que fué electo Presidente de dichas Cortes en 1813. Se le llamaba el Mirabeau centroamericano. En la propia Península abogó sin desmayo por la causa de América, por los indios, los negros y los mestizos, proclamando la igualdad humana.

Establecido en México durante el régimen de Iturbide, fué llamado a formar parte del Consejo del Imperio; pero por sus ideas revolucionarias en sentido democrático, decepcionado al ver cómo se iniciaba ya en nuestra América la etapa del caos y de la incomprensión, la falta de cristianismo entre los propios cristianos, resolvió seguir ejerciendo su sacerdocio en Oaxaca, primero como canónigo y después al frente del Obispado. Allí lo sorprendió la muerte en 1834.

Juárez —discípulo suyo— tenía entonces 28 años de edad. ¡Así pudo un costarricense, hace más de cien años, ejercer alguna influencia en quien habría de ser el Benemérito de las Américas!

Juan Rafael Mora 1814-1860) Ocupaba la Presidencia de Costa Rica esta gloriosa figura centroamericana, cuando tuvo lugar la invasión de Nicaragua por fuerzas del filibustero William Walker. El Presidente Mora acudió en defensa del país hermano, durante la guerra que en 1856 y 1857 desató aquella invasión.

Walker fué reconocido por el Gobierno norteamericano como Presidente legítimo de Nicaragua. Pero supieron pelear y defender su independencia los centroamericanos, logrando al fin dominar a los invasores extranjeros, quienes abandonaron todo intento de reconquista cuando vieron a su jefe fusilado.

Don Juan Rafael Mora no titubeó un solo momento en cumplir con su deber como costarricense y como centroamericano, y el pueblo de Costa Rica lo siguió con heroísmo en la histórica jornada.

Como símbolo de la entraña popular costarricense queda grabado en los anales patrios el humilde "tambor" de Alajuela, Juan Santamaría, muerto gloriosamente en Rivas, cuando logró dar fuego al mesón en que estaban sitiados los filibusteros.

Licenciado don Mauro Fernández (1843-1905) Abogado, político y tribuno, ya figuraba en 1874 (31 años de edad) como Magistrado Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. Después fué diputado en distintas ocasiones, catedrático en la Facultad de Derecho, Ministro varias veces.

Como Secretario de Educación Pública reorganizó, de 1885 a 1889, la enseñanza primaria y secundaria. Suprimió la Universidad de Santo Tomás que, con un centenar de alumnos, consumía la mitad del presupuesto dedicado a la instrucción pública. Explicó don Mauro que para una minoría de jóvenes acomodados, quienes generalmente sólo buscaban una enseñanza clásica, era preferible cualquier centro educativo extranjero, del que regresarían con ideas nuevas en beneficio del país.

El propio don Mauro, a fuerza de grandes sacrificios, había pasado un año en Londres; y fué en el exterior donde pudo darse cuenta de la necesidad de alfabetizar a su pequeña patria, como base de civilización y de progreso. "No puede haber democracia —decía— sin ciudadanos bien preparados; y al ciudadano no se le prepara bien sino en las escuelas".

En su concepto había que educar al pueblo, *a todo el pueblo*. Formó maestros; abrió escuelas primarias; estableció nuevos sistemas pedagógicos, logrando que el Presidente don Bernardo Soto quintuplicara las erogaciones fiscales correspondientes. Y desde aquella fecha —¡más de 60 años!— tenemos en Costa Rica lo que hace un año recomendó la UNESCO, en esta capital mexicana y en esta supercculta era de la bomba atómica: la educación primaria gratuita y obligatoria.

Cuando don Mauro era un muchacho, a mitad del siglo XIX, sólo el 10% de los habitantes sabía leer y escribir. Cuando murió, en 1905, esa cifra era del 60% y del 85% en la actualidad. Vale decir, que en una centuria el 90% no es de analfabetos sino de alfabetos.

Hay ahora en Costa Rica cerca de mil escuelas primarias, con casi 4.000 maestros; doce institutos de segunda enseñanza; y ahora sí, porque ya la educación superior cuenta con la ancha base, con la materia prima indispensable de la enseñanza elemental, secundaria y preparatoria, otra vez la Universidad. Para darse cuenta de lo que esto significa, basta recordar que Costa Rica es una pequeña república, cuya población total apenas pasa de 700.000 habitantes, distribuidos en 50.000 kilómetros cuadrados.

La obra de don Mauro Fernández es la de uno de los más insignes varones de nuestra América, realizada sin violencia, sin jacobinismos, pero con firmeza y decisión inquebrantables.

Aquileo J. Echeverría Nuestro gran poeta nacional. Vivió 43 años de bohemia incorregible, hasta su muerte en Barcelona (1866-1909). Su libro *Concherías* refleja el alma del pueblo, del "concho": sus costumbres, sus penas, sus ilusiones, su ingenio, todo expresado en la propia lengua del campesino costarricense, llena de colorido, de arcaísmos maravillosos, de provincialismos. Escribió además notables epigramas:

Tras de cien colones ando;
úrgenme de tal manera,
que conseguirlos quisiera
aunque fuera trabajando.

Y este otro que reconstruyo de memoria:

A nadie le ha sucedido
lo que a mí me sucedió:
qu'en la Junta de Notables
me robaron el reló (j)

En *Concherías* se recogen sus "Romances" y sus "Misceláneas", lo que nos queda de su obra poética, de la cual —personificada en el aeda— dijo Rubén Darío: "Costa Rica tiene un poeta. Tiene, en verdad, otros poetas; pero su poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar, se llama Aquileo J. Echeverría".

A su vez el ilustre tribuno y maestro cubano, doctor don Antonio Zambrana, escribió lo siguiente sobre nuestro Aquileo: "Su musa es una muchacha alegre, fresca y coloradota, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. De imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si le conviene".

Roberto Brenes Mesén (1874-1947) Filólogo, poeta de gran vuelo, escritor, político de altura, filósofo esotérico. Todo eso y mucho más fué Brenes Mesén para la cultura costarricense; pero, sobre todo, un maestro insigne en el país y —veinte años— en los Estados Unidos, a donde prefirió expatriarse voluntariamente, después de servir el Ministerio de Educación Pública durante el régimen de los Tinoco. ¡Grave error y tremendo sacrificio el suyo, por el deseo de salvar sus avanzadísimos programas de educación primaria, modelo de obra pedagógica!

Graduado en Chile, comienza a ejercer el profesorado en el Liceo de Costa Rica. Sus principales cátedras: Castellano, Lógica, Historia Literaria. Ocupa altas posiciones: Director del Instituto de Cartago, Director de la Escuela Normal de Heredia, Ministro Plenipotenciario en Washington, Secretario de Educación Pública varias veces.

Entre sus mejores libros de poesía, *En el silencio* es modelo de lo que pudiera llamarse literatura vanguardista, publicado en 1907. *Hacia nuevos umbrales*, en 1914, y posteriormente *Voces del Angelus*, *Pastorales y jacintos*, las prosas poéticas del *Canto de las horas*, tantos trabajos más aún no recopilados, le dan

sitio de honor en el parnaso centroamericano. Pero además, profundo conocedor del francés y del inglés, tradujo *El pájaro azul* de Maeterlinck, el *Tú y yo* de Paul Geraldy, diversos ensayos de autores clásicos y los poemas teosóficos de Krishnamurti.

Y en medio de su producción literaria y de sus funciones oficiales, el maestro, siempre el maestro, consagrado desde 1905 con su *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana*, altamente elogiada por don Rufino José Cuervo, don Julio Cejador, Menéndez y Pelayo, entre otras autoridades de esa especialidad.

Humanista en la más honda acepción de la palabra; sin odios ni rencores para nadie, a pesar de los quebrantos políticos que sufrió en su vida; generoso siempre, su nombre y sus enseñanzas son bandera de alta cultura en nuestro medio.

Joaquín García Monge Poco menor que Brenes Mesén, concuño suyo, educado como él en Chile, aún viva por muchos años don Joaquín. ¿Quién no conoce su *Repertorio Americano?* Un cuarto de siglo lleva de publicarse esta revista benemérita, verdadera institución de los que piensan y escriben en nuestro idioma.

Y antes, como animador inigualable, como divulgador de cultura, su *Colección Ariel*, las *Ediciones de Autores Centroamericanos*, el *Convivio, Ediciones Sarmiento*.

De joven —lo sigue siendo por su tenacidad y por su espíritu— escribió varios cuentos y pequeñas novelas regionales: *El moto, Hijas del campo* y *Abnegación*, hará de ello medio siglo, años más o menos; y en 1917, *La mala sombra y otros sucesos*.

Maestro, también, y muy profundo, de castellano y de literatura. Secretario de Educación Pública hacia 1920. Director de la Biblioteca Nacional durante varias administraciones.

Arraigado en Costa Rica, no hay quien de allí lo saque. Pero su labor lo lleva, cada vez que sale el *Repertorio Americano*, de uno al otro confín del Continente.

Omar Dengo Otro maestro de profunda espiritualidad. Ha de haber nacido de 1888 a 1889, pues murió en la plenitud de los "cuarentas", en noviembre de 1928. Viajó, leyó, estudió mucho, así en los libros como en la propia vida. En periódicos y revistas iba quedando dispersa su labor literaria, su pensamiento filosófico, su actitud rebelde con un hondo sentido místico.

Aparte de sus cátedras, no aceptó nunca comisiones oficiales. Era, sin duda, un apóstol, un hombre superior, un idealista puro, de quien escribió Rogelio Sotela "que sólo trataba de iluminar el camino de los demás".

Lo iluminó, efectivamente, con magníficos ensayos y meditaciones, que García Monge ha logrado reunir a últimas fechas con el título de *Meditaciones*. Murió como un filósofo griego, rodeado de amigos y estudiantes.

Los que fuimos discípulos suyos —como de Brenes Mesén y de García Monge— nunca olvidaremos tantas enseñanzas y ejemplo tan extraordinario de renunciamiento. Valores éticos e intelectuales como los que apenas, a grandes rasgos, he podido señalar en esta reseña, son los que han formado y prestigiado a Costa Rica. Son, en realidad, la esencia misma de nuestra patria. Las generaciones de hoy recogen el fruto de estos grandes artífices, sembradores de ideas y de inquietudes.

México, D. F., 12 de agosto de 1948.

¿Ocio? Las dos eternidades ¿Contemplativo?

Por *Ramón PEREZ DE AYALA*

(En *La Prensa*. Buenos Aires, 9 de marzo de 1947).

En todo cuanto estoy escribiendo acerca de Horacio he insistido —ya desde el punto de partida— en que su aspiración suprema era el ocio contemplativo. ¡Ocio contemplativo! Parémonos a considerar, por unos instantes.

Del ocio, como condición para la contemplación y para la creación espiritual, ya hube de decir algo, en esta serie de ligeros ensayos (ligeros por estar escritos de prisa y corriendo; sin ocio). Creo recordar que Pascal dice en alguna parte que esa ingénita e invencible tendencia hacia el ocio es lo que más claramente demuestra que el hombre es hijo de Dios y su predilecta criatura. ¿Qué quiere decir Pascal con eso? No se requieren grandes entendederas para entenderlo. Veamos. Dios es eterno, sin principio ni fin. Yo no me aventuraré irreverentemente a decir que a causa del aburrimiento o hastío de la eterna e infinita homogeneidad de Sí Mismo, pero ello es que, en esa su totalidad, indivisa en el espacio y el tiempo, Dios decidió en cierto instante desplegarse, desdoblarse. Decidirse supone ya subdividir la eternidad en instantes determinados; y desdoblarse supone ya subdividir el infinito en puntos o lugares determinados (o sea, que tienen un principio y un término). El tiempo y el espacio son las categorías básicas del mundo físico. Hasta entonces, no había mundo físico. Hasta entonces, Dios no hacía nada. Era el ocio inmóvil y por excelencia; el goce de los goces y la perfección de las perfecciones. Pero, desde entonces y aparte de la perfección absoluta, y ya en el tiempo y en el espacio, ha de existir la perfección relativa; la cual, a su vez, no puede existir ni ser juzgada sino por comparación y contraste con lo que es más o menos perfecto. Dios creó el mundo, que es perfección e imperfección relativas; como lo es todo lo temporal y finito. De manera que Dios decidió desdoblarse en una nueva manifestación suya (como si dijéramos: una manifestación experimental; no para él, claro, sino para el hombre), condicionada por las categorías de espacio y tiempo. Ahora bien: si en lo temporal y finito no puede haber sino perfección e imperfección relativas, y el punto de referencia de la perfección absoluta que desde este mundo perecedero vislumbramos está en Dios, que es ocio infinito en la eterna comprensión y contemplación de sí mismo, o sea la verdad absoluta; si ello es así, Dios, antes de la creación física del mundo, tenía necesariamente que haber producido una especie de arquetipo original de imperfección absoluta, que sirviese paralelamente de punto de referencia y medida en más o en menos a la imperfección relativa del mundo perecedero; y este arquetipo fué Satanás, el ángel rebelde. Satanás es la mentira absoluta, inspirador de todas las mentiras relativas. Satanás es el que dice: seréis como dioses. Siendo así que no podemos ser sino en Dios y por Dios. ("En Dios nos movemos, vivimos y somos", San Pablo; es decir: nos movemos en el espacio, vivimos en el tiempo, y somos porque El nos colocó en el espacio y el tiempo finitos. Y San Agustín: "Señor: si las cosas del universo son algo, lo son porque te tienen a Ti; y no son nada porque no son lo que Tú eres"). Satanás es el no ocio, el "nec-otium", el maldito negocio incesante. En el ocio, el hombre entrevé aquellas verdades relativas que en esferas gradualmente elevadas se acercan más a la verdad absoluta, para nosotros inasequible, como lo es también la mentira absoluta. En el negocio, en esa acongojada ansia e incesante agitación por el medro, se engendran todos los males que afligen la tierra. Dios creó el mundo, y al séptimo día descansó, para toda la eternidad, no sin antes ver que el mundo era bueno; o, lo que es lo mismo, que el mundo estaba bien hecho, conforme al plan preconcebido de que en el tiempo y el espacio luchasen entre sí el bien y el mal relativos, hasta alcanzar al fin el ocio infinito de la verdad eterna.

Eso de las dos eternidades, antes y después de la vida individual de cada hombre, me retrae de nuevo a Epicuro y Lucrecio. Uno y otro se propusieron nada menos que suprimir y acabar con el terror de la muerte. Según ellos, el terror a la muerte es lo que hizo nacer los dioses. En otras palabras: que el miedo a morir hizo que los hombres inventasen la existencia de los dioses. Como quiera que (ya lo hemos visto) Epicuro no negaba la existencia de seres inmortales, lo que realmente quiere decir es que del terror es de donde han grminado las diversas religiones positivas e innumerables supersticiones, con su triste acarreo de terribles males. Pero ¿el terror a la muerte de dónde ha nacido sino del hecho inevitable de ser el hombre mortal? ¿Es que el hombre contemporáneo siente menos que el hombre primieval el terror de la muerte? Epicuro y Lucrecio eran positivistas. En cambio, los positivistas contemporáneos han trocado el orden en la relación de causa a efecto entre terror de la muerte y religión; aseguran —y se quedan tan frescos— que la religión es la que ha hecho nacer el terror a la muerte en el alma humana, a fin, añaden, de que los sacerdotes, que se confabularon para inventarla, pudiesen dominar tiránicamente la sociedad. Nada de eso. La religión lo único que ha he-

cho es hallar en la inmortalidad del alma una solución a la mortalidad del cuerpo: preocupación que naturalmente tuvieron primero los sacerdotes, que eran los más inteligentes. Ahora bien: Epicuro y Lucrecio, con estupendo aplomo y desconcertante simplicidad, se figuran haber eliminado para siempre el terror a la muerte con el argumento siguiente: si no sentimos terror alguno de la eternidad que ha precedido a nuestra vida, ¿por qué hemos de aterrorizarnos ante la que ha de sobrevenir después de nuestra muerte? ¡Caramba! Pues, por eso mismo. Porque morir es la negación de nacer. Porque desde que uno empieza a vivir, cosa bastante agradable, pues todos tienen apego a la vida, por muy aperreada que sea, sabe que ha de morirse, cosa bastante desagradable. La solución satisfactoria podrá ser de orden moral o relijioso; pero esa solución lógico-cronológica de las dos eternidades es harto pueril, en su aparente suficiencia. El problema es el del ser o el no ser. El no haber sido no es problema, desde el punto que uno ya es. El problema es el de dejar de ser, ya que uno ha llegado a ser. ¿Concebiríamos algo más ridículo que el monólogo de Hamlet, si, en lugar de ponerse a meditar con angustia sobre su futuro seguir siendo o dejar de ser por toda la eternidad, se le hubiera ocurrido atormentarse pensando en todas las cosas que él hubirea podido ser o dejar de ser, antes de comenzar a ser? Entonces sí que Hamlet estaba loco de remate.

Volvamos sobre el ocio contemplativo horaciano, en la serenidad campestre, a cielo abierto. Ya hemos puesto de lado lo del ocio. Paremos atención ahora en lo contemplativo. Cualquiera con algún instinto verbal se dará cuenta de que "contemplar, yo contemplo", dicen relación a templo, y de que templo es el santuario o residencia de la divinidad. En efecto. Había en Roma una colegiata sacerdotal, cuyos canónigos eran conocidos como los augures. En los trances graves de la vida romana, estos sacerdotes consultaban los presuntos designios de los dioses, tomando auspicios sobre el cielo. El augur, por medio de unas varitas, delimitaba un cuadrado visual en el cielo. Este cuadrado donde se habían de mostra los auspicios se llamaban "templum", templo. Al acto de estar atento en interpretar la voluntad divina se le decía "contemplari", contemplar. Y el hecho de ir al campo donde se fijaba el templo y se verificaba la contemplación se expresaba con un adverbio, "extemplo", en el campo. Horacio buscaba el ocio campestre para contemplar, y luego considerar (considerar quiere decir estar sentado en compañía de otras personas; como deliberar es dejar en libertad lo que uno piensa, y someterlo al juicio de los que con uno están sentados) en sosegadas pláticas con personas de su preferencia las verdades relativas que más se aproximan a la verdad eterna.

Antes bien nuestra plática discurre
de aquí y allá a través de todo aquello
que importa conocer y que es nocivo
que se ignore: la vida venturosa
¿en qué consiste? ¿Acaso en las riquezas?
¿O en la virtud más bien?... ¿En qué se cifra
naturalmente el bien; y de qué modo
al sumo bien enderezar la vía?

Pido la palabra

(En el *Rep. Amer.*)

¡Pido la palabra!
Seré breve.
Sólo quiero decir...
que hay una provincia
situada en la otra ribera del río.
Los que la conocen dicen
que está habitada de rosas,
y que por las tardes,
da a luz un inmenso plenilunio
y un centenar de celajes.
. . . .
Arsenal de juguetes
para que jueguen los pobres,
y granero perpetuo de sonrisas
para el que nunca pudo
abrir de sus labios
la flor de su vida,
en esa provincia
situada en la otra ribera del río.
Los que la conocen dicen
que no hay corazón entristecido,
ni cristalina fuente derretida,
ni ruiseñor callado,
ni amor llamando a amor perdido.
. . . .
El corazón de los hombres
ha derrotado
la piedra de su engaño,
y las lunas enfermas
de sus ojos podridos,
en esa provincia
situada en la otra ribera del río.
Los que la conocen dicen
que el dolor se quiso hospedar un día
y lo recibió un enjambre de risas
y un puñado de notas.
. . . .
Desde entonces habita entre nosótros,
y navega en tus ojos,
y en los míos.

En los tuyos, obrero,
porque ha mucho que esperas
el pan de cada día,
y en los míos,
porque no me miran a mí,
sino a tus ojos.
. . . .
Aquí,
la flor desvela su sueño iluminado,
el viento cubre de ignominia el aire,
el árbol se ensimisma,
el campo todo se aletarga.
Allá,
el sol ordena la salida del humo de la fábrica,
el corazón camina con la vida,
la vida tiene un ritmo de alborada.
. . . .
Aquí,
la luna sale entre las torres altas,
entre las torres altas de la nada,
el hombre no la alcanza,
la niebla obstruye su fulgor mirada.
Allá,
la dicha brota de la tierra
en racimos de todas las edades,
en canciones de todos los matices,
en poemas de amor nunca logrados.
. . . .
Aquí,
está un mundo que se muere.
Allá,
está un mundo que renace.

Nada más.
Ya lo dije que sería breve.
Sólo quería decir
que hay una provincia
situada en la otra ribera del río.

Arturo MONTERO V.

Costa Rica, 4 de enero de 1947.

Manuel de la Cruz González y la pintura

(En el *Rep. Amer.*)

Hace años, dejando el camino real del academicismo, se lanzaron por las veredas de la investigación y el estudio de las escuelas pictóricas modernas, — libre la imaginación creadora—, un grupo de jóvenes pintores costarricenses; entre ellos tomó lugar preponderante Manuel de la Cruz González.

A Manuel de la Cruz se le reconocen muchas cualidades, todas ellas emanadas de su alto espíritu estético. La savia de su personalidad pictórica es su propia vida en angustiosa superación, colmada por los misterios de la poesía y la maldición del atormentado en lucha continua con el arte y con el medio ambiente, casi siempre sórdido y mezquino para dar campo al preocupado por otras cosas que no sea el bisbiseo aldeano o la alabanza al éxito económico o político.

El paisaje en Manuel de la Cruz es armonioso, equilibrado, con valores y caracteres propios, de ricas gamas de color que reflejan, en el fondo, la tristeza de nuestras campiñas, verdes con monotonía en las épocas de lluvia; o doradas como espigas caídas, bajo los soles del verano, tan fugaz en el trópico. El paisaje es húmedo como la misma tierra nuestra. El pintor lo siente y lo expresa con originales trazos cuyo efecto es de magia y de vigor, no de anemia intelectual o de visión extraña.

Tratándose de la figura humana, Manuel de la Cruz, la boceta sensual, de acentuados rasgos, de fuertes pinceladas que revelan su ser, su sangre. La línea mórbida del lápiz que las forma, es profunda y reveladora de grandes misterios, de abismos tenebrosos que reflejan el carácter del hombre o de la mujer que movió la sensibilidad del artista. Y ha llegado a un conocimiento valioso de la técnica, que su mano dócilmente la conduce por la obra de arte, un problema siempre cuya solución busca dolorosamente, alcanzando armonioso equilibrio entre el ritmo, la emoción, dibujo y color. El complejo eterno del hombre creador es la angustia frente a la vida, frente a la tela o el bloque de granito o el papel, donde dejará impresa su obra, en la que se representa, tan desnudamente como el primer hombre sobre la tierra ante la simbólica manzana del paraíso y los desnudos senos de la mujer; comparables su belleza a las líneas del dibujo, a las sugerencias en el paisaje; en fin el problema siempre renovándose de la creación, tratando de sacar de la nada la eterna e imperecedera belleza de la obra de arte.

Manuel de la Cruz no complace a los que evitan herir sus almas o angustiarse ante los problemas humanos. Cada creación suya es un abismo a los ojos del observador inteligente, y sugiere infinidad de cosas y de pequeños detalles que directamente tocan las cuerdas más finas de la emoción. No un complaciente ni un complacido, sino una fuerza que se busca a sí misma en un delirio de creación que conoce la agonía unamunesca de ser hombre y artista.

Dice Emerson, y aquí recuerdo al pintor Max Jiménez, "que ningún cambio de circunstancias tiene acción sobre el caracter", y esto es cierto; el artista en todas las circunstancias de la vida responde como tal, no importa el medio ni el ambiente en que trabaje, ni el silencio que aveces es la peor de las maldiciones que puede caer sobre su obra o sobre su vida de trabajo, moneda con que se pagan los desvelos y el esfuerzo de toda creación.

En Manuel de la Cruz, a pesar del medio, su deseo de superación es manifiesto; a pesar de la indiferencia, su poder creativo no sufre mengua, y esto queda plenamente demostrado frente a su obra pictórica, rica en originalidad.

La libertad en la obra de arte es un reflejo de la íntima libertad del individuo, puesto que sin ésta, no es posible la creación. No es la simple copia del paisaje o de la figura lo que hace la obra de arte, sino la interpretación densa de esos elementos. El artista pone en ellos su ser, su vida, su personalidad íntegra, enhiesto ante su angustia y su emoción.

El artista exige a la obra, y la obra, en reciprocidad, exige al artista y ambas exigencias despiertan en el espectador la sensibilidad, la ira, o le llevan suavemente a la contemplación.

Nos decía Manuel de la Cruz que el arte moderno es un despertador de reacciones violentas que, o llevan al hombre a la admiración, o a la más impetuosa reacción de cólera. En el arte moderno, es decir, clásico, como en la vida misma, el choque de la sensibilidad —no la sensiblería— con el medio, es definitivo; no se produce a medias tintas, sino de una manera cabal, casi con brutalidad. Y así el artista es o no es; lo mediocre, lo insulso, lo vacuo, tienen en el arte lo que pueda tener de vida el humo arrebatado por el viento.

Manuel de la Cruz en su pintura sugiere estas observaciones sobre el problema del arte y la creación. Y es a juicio nuestro este pintor un creador de positiva conciencia dentro



Manuel de la Cruz González

de la vida y no a la orilla del mundo. Vive plenamente su tragedia de artista: cumple, hasta más allá de lo que el ambiente le permite, su misión de línea, de luz y de color.

Hoy Manuel de la Cruz está en Cuba y bajo ese sol antillano y el calor hospitalario de ese pueblo que vibra con una emoción primitiva y clara, su pasión artística se plasmará en poesía de colores.

Arturo ECHEVERRIA LORIA.

San José, Costa Rica, setiembre de 1948.

La fiesta del maíz

(Una tradición folklórica)

(En *El Tiempo*. Bogotá, 8 de agosto de 1948).

Nunca estarán lejanos aquellos tiempos misteriosos de la niñez. Y luminosos, porque aún se levantaba el humo del hogar que presidía el culto de los padres y el gran amor con que ellos vigilaban nuestras vidas.

Qué grato es recordar aquellas audaces huídas al campo, para seguir la faena de los sembradores, rota la tierra que recibía los granos, adivinar el proceso de la germinación, y ver un día que aquellos granos se convertían en pequeñas hojas y ver alzarse la caña arrogante, de donde se desprendían las mazorcas grávidas de maíz, el que cantó en inmortal poema Gutiérrez González, y cuya fiesta tradicional celebra cada año desde este día la ciudad de Sonsón, que nos vió nacer.

Maduras, blandas y lechosas, las mazorcas, los chócolos, se ponían sobre las brazas del fogón, y asadas colmaban los bolsillos del traje escolar, para irlas consumiendo entre una pesada lección de aritmética o una pedante disertación de gramática.

En la mesa el maíz era la arepa, el pan de una raza, todavía con las huellas del asador, tostaditas por de fuera y blandas como el algodón por de dentro, humeantes, de grato sabor, para acompañar las sencillas viandas. Y era la taza de mazamorra, de "claro", más refrescante que licor ninguno y de esponjados granos que se endulzaban con dulce de caña.

Milagros hacía el maíz como hoy que es su fiesta, para alimentar a un pueblo, como el maná con que Dios salvó al de Moisés.

La "roza" era y es parte misma del hogar, con aquel suave susurro de égloga virgiliana, adonde se acudía en los momentos más alegres de la niñez, para robar las granadas mazorcas, que luego con la complicidad de la cocina y de su dueña, reventaban en pequeño tiroteo, porque tal era la misteriosa virtud del "chócolo" robado.

En la montaña el maíz es la voz de la tierra, el prodigio que brota hasta volverse oro, el oro de los granos amarillos, que maduran en la propia caña y que ofrecen al hombre cuanto éste puede apetecer.

Por eso Gutiérrez González siguió paso a paso la faena, desde ir "buscando en donde comenzar la roza", los menesteres del beneficio, después de la cogienda, el riego de las sementeras, la quema, la defensa del sembrado, todo cuanto cada año se copia en Sonsón con los trajes típicos, siguiendo la costumbre de los peones que van cantando:

Mi mama se llama arepa,
y mi taita maíz tostao
y un hermanito que tengo
se llama plátano asao.

Los dioses tutelares defiendan la ciudad materna y den a sus campos el eterno prodigio del rico y sabroso grano.

Rafael JARAMILLO ARANGO.

Era en la niebla de Londres,
nébula, niebla, neblina.
A galopar a la Academia
un niño mozo venía.
Ojos de jacinto en flor
de mirada entristecida.
Guedeja rubia en la frente
de adolescencia marchita.
Heredad de adolescencia
lindera en niñez cautiva.
Niñez que guarda una llama
contra el corazón prendida.
Llama azotada del mundo
su pecho la guarecía.
La lumbre que fué creciendo
se confundió con su vida
y el niño adolescente
en rosa de amor se abría.
Amor de la adolescencia
alucinada y divina,
lámpara en el laberinto
trémulo de maravilla,
misterio entre los misterios,
misterios de estrellería.
Por seguir ese misterio
entre misterios camina.
Tierra buscaban sus pies
sin saber a dónde iba.
Trae su ilusión del sur
con su azul mañana niña
y en el alba de su sueño
la dulce patria nacía.
Va, peregrino, del alba
a la tarde pensativa.
Desde la noche profunda
al fulgor del nuevo día,
desde el silencio en tiniebla
al trino sobre la cima.
Y su soledad se puebla
de estertores de agonía
y tras la muerte el vagido
del alma recién nacida.
Con un rocío de lágrimas
besa su congoja viva.
Brota en el jacinto en flor
una luz humedecida.
El hijo sin padre busca
su padre, maestro y guía,
con ansia del corazón
golpeó en la puerta escondida.
Don Francisco de Miranda,
paternal, la puerta abría.

*

El niño que lo miraba
siente temblar las rodillas
al imperio sobrehumano
de la mirada aquilina.
No sabe si está soñando
o si despierta a la vida.
¿No le parece, al oirlo,
que escucha una voz divina?
Le llena el alma una música
celeste y desconocida.
Ya no sabe si sus pies
sobre la tierra caminan
o si está ungiendo su anhelo
la palabra del Mesías
en una nube de mármol
o en una zarza florida,
en un sosiego de lirios
o en un martirio de espinas.



Romancero de Bernardo O'Higgins
RIQUELME ENCUENTRA MAESTRO

Por *Roberto MEZA FUENTES*

(Envío del autor, en Santiago de Chile. Con estas alentadoras palabras: *"Desde el día de Chile un saludo a don Joaquín en su Repertorio, faro, vigía y atalaya de América.*

Y, con los versos de Santiago, las palabras de San Francisco de Quito, en el Colegio Mejía, al entregar el mensaje de nuestro Instituto Nacional a cuyo alero se cobijó su espíritu en horas de mocedad inquieta y batalladora.

Y, con los versos y las palabras, la esperanza de siempre: ¡A la Unión de América, por el Espíritu de la Juventud!

Y un abrazo, R. Meza F. (Santiago, 18 de setiembre de 1946).

Porque, escuchando su voz,
su prisión el alma olvida
y despierta a nueva fe
el que zozobra y vacila
y siente que la fe muerta
en su fervor resucita.
Se están abriendo las puertas
del sueño que era su vida
y en el sueño van surgiendo
las presencias diamantinas,
varones para el ejemplo
y la hazaña esclarecida,
puras simientes de amor
para el viejo mundo en ruinas,
raíz hincada en la tierra,
flor, en el cielo, encendida,
generaciones que marchan
en el dolor y la dicha
siempre el corazón en alto
con la antorcha de la vida,
siempre promesa de flores
en las congojas baldías,
siempre la seda del beso
en la sangre de la herida,
siempre dulzura del cielo
en nuestra soberbia impía,
siempre victoria del alma
sobre tristes cobardías,
siempre claridad de amor
cuando nuestra luz declina,
amor, siempre amor, que canta
en inmortal sinfonía.
Amor que venció a la muerte.
Muerte, por siempre, vencida.
De su noche silenciosa
nueva claridad nacía
que aromaba la creación
con su esperanza florida.
Llama de fuego y amor
que acaricia y purifica
en los confines del mundo
abre las puertas del día.
En la noche sin consuelo
ya va a alumbrar la sonrisa
y en el alma sin amor
brotará la flor bellida.
Don Francisco de Miranda
a Riquelme recibía.
Le mostraba el corazón
hoguera, en su anhelo, henchida
en que iba naciendo América,
patria que llamar solía,
como columna de fuego
que enciende al pueblo y lo guía
y lo conduce cantando
a la tierra prometida.
Y de la roca manaba
manantial de eterna vida.

*

Ya entra Bernardo Riquelme
y arrodillado caía.
Ya le besaba las manos
con el alma enardecida.
Ya encontraba su maestro
tu libertad, Patria mía.
El niño encontró el sendero
de fulgencia matutina.
Don Francisco de Miranda
"Hijo mío" le decía.
Así se oía nombrar
primera vez en su vida.
Corazón y alma, temblaba
en la varonil caricia.
Londres le guardaba un padre
en su niebla y su neblina.
En la neblina con lágrimas
una cruz del sur nacía.
Y en la patria lontananza
ya germinaba una espiga
y zarcillos de las vides
abrazaban las olivas.
El corazón de veinte años
estallaba de alegría.
En el niño adolescente
el hombre se estremecía
con la canción augural
de su fe recién nacida.
Ya la madrastra era madre
en toda la tierra niña.
Ya de la tierra materna
la dulce patria nacía.
Ya los pueblos encontraban
sus fundadores y guías.
Los pastores y patriarcas
abren la senda escondida



y con la fiebre del alma
su mensaje comunican.
Los pueblos que los escuchan
arden en su llama mística.
Ya entre guirnaldas y cánticos
la dulce patria camina.
Ya en el pecho de Bernardo
una estrella austral fulgía,
dulce estrella solitaria
que era de amor una pira,
amor que incendia y abrasa
para darnos nueva vida,
amor que crea en delirio
esta dulce patria niña,
amor que retoña rosas
en el puñal de la espina
y tierras de libertad
en las tierras de conquista.
Tiembla en la mano del niño
La Araucana de Ercilla.
Lautaro guía a sus huestes
con sus copihues y quilas
y en la lanza de Lautaro
una estrella se encendía,
estrella la del sendero
que en la libertad culmina
y en el pecho de Riquelme
arde, amorosa reliquia,
y en el cielo azul de Chile
derrama su llama viva.
Ebrio de amor y de América
dobla en tierra la rodilla.
Pesadumbre de la estrella
de su amor y su agonía,
estrella que basta en la muerte
besa con luz de la vida.
Don Francisco de Miranda
le tiende la mano amiga,
Bernardo, ya sin palabras,
llora lágrimas benditas.
El niño ya encontró padre.
Maestro el hombre tenía.
Con tal padre y tal maestre
otra América nacía.

Las siete glosas de la fábula

Por el Pbro. *A. H. PALLAIS*

(En *La Revista de León*, Nicaragua. Mayo y Junio de 1943).

1º—La Verdad

Verdad así, con letras mayúsculas como aquellas de Furius Dionisius Philocalus, que para sus célebres inscripciones usaba el Papa San Dámaso.

Verdad, en alto relieve, para bronces y mármoles, desnuda, viva, *Aleetheia*, sólo hay una: Jesucristo Nuestro Señor.

Fuera de esta Verdad y en la medida en que de ella se apartan, todo lo demás es fábula.

Por eso, todas las cosas son *llamadas*, así les dicen; pues, en realidad de verdad no son.

2º—El Invierno en la costa del Pacífico en Nicaragua

Dos estaciones, la seca y la lluviosa. Así dicen. Seis meses de verano y seis de invierno, interrumpidos por unos ocho días secos en junio, llamados Veranillo de San Juan, y otros ocho días secos en agosto, llamados Canícula...! Así hablan los hombres habladores y nadie puede creerlos y es cosa de fábula.

Por detrás y por debajo de la fábula, ¿qué hay?

360 días de espantado, espantable, espantoso verano y 5 ¡cinco días de miserable invierno!

365 días-veranazo de todos los demonios, apenas interrumpidos por unos cinco ¡5! días de lluvia, inviernillejillo de octubre.

3º—La Tierra

Produce y es cosa de milagro, la Tierra.

En razón inversa, la tierra y los hombres; la tierra, buena, mejor, óptima; malos, peores, pésimos, los hombres.

Y ¿para qué quieres que dé más la tierra?, que no ves, con tus ojos, que no sabes con tu ciencia de todos los días, que todo cuanto produce la tierra es poco para la rapiña de los hombres?

Los acaparadores, los monopolizadores, los logreros, los que dan leyes para el abartamiento de los granos, pero no para que los pobres los compren baratos, sino para comprarlos ellos baratos y vendérselos caros a los pobres.

4º—El pensamiento libre

Pensamiento libre, enunciado fabuloso; el enunciado de la verdad es: pensamiento necesario.

Nada tiene que ver la libertad con la inteligencia.

Crees tú, que después de haber leído las Memorias de Joaquín Posada Gutiérrez, eres libre para pensar en un Bolívar pequeño?

¡No! es necesario que pienses en un Bolívar grande; y más todavía en un Bolívar el más grande.

En los campos de la voluntad, puedes andar con paso libre; en los campos de la inteligencia, ¡debes! andar con paso necesario.

Pero tú masonizado y judaizante que vives de fábulas, dices ¿y qué otra cosa podrías decir, viviendo de fábulas?, que *vive y reina la esclavitud del pensamiento entre los cristianos.*

La Verdad empero dice:

Las matemáticas, la Historia, las Ciencias Naturales, el Derecho, la Medicina, todo lo inteligible, viene caminando como ecuaciones de pasos contados y necesarios.

5º—Los que andan creyendo en amigos que pueden darte la mano

Sí, un amigo, puedes encontrarlo y ponte de rodillas, entonces, y dale gracias a Dios, con todo tu corazón; fuera de esa Verdad, todo lo demás es fábula.

Los otros, tus *llamados amigos*, son *amigos* que les dicen, incapaces de darte la mano.

Ninguno de ellos podrá nunca darte la mano, porque ninguno de ellos tiene con qué dártela.

Tus llamados *amigos* que les dicen, divídelos en dos clases.

Los unos no tienen y los otros tienen.

Los que no tienen, no tienen, y los que tienen, como no tienen para ti, lo mismo te da entonces que tengan o que no tengan.

Así, pues, no pierdas el tiempo llamando a las puertas de tus llamados *amigos* que les dicen. Y ni podríais, porque puerta que nunca se abre, ha dejado de serlo.

6º—De muchas de las llamadas repúblicas

De estas *llamadas* repúblicas, que así les dicen, yo digo lo mismo que dije del llamado invierno o estación lluviosa en la costa del Pacífico de Nicaragua.

360 días de espantoso verano-veranazo de todos los demonios y cinco ¡5! días de miserable invierno, inviernillejillo de octubre.

360 días de reprivada-veranazo de todos los demonios y cinco días de república-inviernillejillo de octubre.

7º—De una buena cristiana

¿Por qué lloras?

Ella entonces nos contó su historia, la misma tantas veces repetida historia, una historia que gotea lágrimas de tiempo y sangre de eternidad.

Ella era de Tipitapa y se había venido a Managua a buscar trabajo.

Una señora, una buena señora, así dicen, le había dado en qué ganar. La tenía de mesera atendiendo a unas sus doce mesas, en las noches del Malecón, todas las noches de seis a seis, ella sola.

—¿Y cuánto te paga?

—¡Cinco reales!

¿Cuánto ganaría en sus doce mesas, cada noche aquella bandolera?

—Y como yo le dije que si no me aumentaba, me iba a ir, se enfureció y me maltrató y me amenazó con echarme encima a la Guardia.

Y aquella niña bella "como una niña de diciesite primaveras, volvió a llorar de nuevo..."

Y yo me dije: pondré, en las siete glosas de la fábula, a esa *buena* señora *llamada* cristiana.

Algunas poesías

de *Victoria GARRON*

(En el *Rep. Amer.* Atención de la autora, en San José de Costa Rica).

LA NOCHE

Y vi la noche inmensa:
mitad gris plomo,
mitad gris perla,
y en el filo...
el cacho de la luna.
Aspiré la brisa
y me perdí con ella.

¡El Mundo!
¡Su quimera!
Estoy sola
gozando del olvido.
Gris perla,
gris plomo,
la noche inmensa
y el cacho de la luna.

20/ag./47.

PENSANDOTE

Quisiera pensarte
en una mañana brumosa
y en una mañana de sol.
Quisiera encontrarte
en una tarde lluviosa
caminar sobre la calle desierta
bajo una sombrilla, pequeña, los dos.
Quisiera pensarte
en noche de luna sin estrellas
y en noche de estrellas, sin luna.

Pensarte con frío,
pensarte caliente,
pensarte dormido,
pensarte despierto.
Quisiera pensarte, pensarte, pensarte
y en ese pensarte,
encontrarte yo.

5/marzo/47.

* * *

Anoche me dejaste
frescura de luna en la boca
y temblor de emoción
en las manos.

Tu voz, sonó a promesa
y tus pasos perdidos
en la sombra
clavaron perfiles de saeta.

La luna paróse a mirarnos:
yo en ti, y tú en mí
bajo el cortejo de astros
de la noche.

10/junio/46.

TARDES PROVINCIANAS

Tardes provincianas
teñidas de rojo.
Tardes de campanas.

El viento empuja
hacia abajo
barriendo las calles,

y el polvo cantando
se va penetrando
en todo rincón.

Tardes provincianas
de monotonía
casi de convento,
cómo me amodorras,
cómo me aprisionas
con tu paso lento.

Casi de convento,
teñidas de rojo
con su paso lento.

Alajuela, 4/febr./44.

INTERIOR

Las seis...
el cielo está azul.
Las últimas claridades del día
iluminan la calle.
La Iglesia está sola,
imponente y callada...
una fuerza interior
me invita a entrar.
Y entro a tu casa, Dios querido,
ni pienso, ni ruego, ni rezo.
Estática ante tu imagen me quedo
viendo el sol agonizar
y la iglesia llenarse de sombras.
Y allí... en la penumbra,
me siento buena, Dios mío,
cuando estoy a solas contigo.

14/mayo/40.

DESPERTAR

La alegría de oírte,
fué un despertar desesperado...
La cara se encendió
—roja amapola—
y el corazón, dejó de palpitar.
¿Por qué esta risa?
¿De dónde esta alegría?
Traías el recuerdo
de algo que nunca ha sido,
que no es,
que acaso no será...
Pero me hablaste,
y fué distinto el día
y tuvo amaneceres
de alondra, aquel hablar.

8/nov./47.

LA EFIMERA

¿Por qué la dicha en mí
ha de ser tan efímera?
Apenas si palpo la pulpa
jugosa que emana su fruto,
cuando ésta se aleja...
Detente, mi amiga.
¿Qué prisa te lleva?
¿Qué puerto te aguarda?
Y sigue su marcha la vida:
sucesión constante
de dichas y penas.
Fugaz, apenas asible,
la dicha me espera,
y luego se marcha serena,
como si en su paso
no fuera arrancando
puñados de trigo,
de trigo y espigas.

31/mayo/48.

Morazán

(Por *Arturo Mejía Nieto*).

El diplomático y escritor hondureño que desde hace años perfila su personalidad en nuestros círculos con ponderable relieve, ha realizado con *Morazán* un nuevo esfuerzo encaminado al estudio y divulgación de las figuras egregias consagradas por los pueblos de nuestro continente.

Arturo Mejía Nieto hace la presentación, con erudición y soltura, de aquel eminente personaje, precursor de la democracia liberal en su país, que llegó a ser presidente de la desintegrada República Centroamericana y pagó con la vida su amor a la libertad.

A través de los capítulos de su libro epónimo, el héroe hondureño, tenido por muchos como prócer máximo de la América Central, aparece en toda su grandeza, rechazando una dictadura, proclamando los nuevos ideales —que algunos consideraron excesivos— y luchando contra el caudillismo odiado y odioso que impidió la condensación de los cinco pueblos centroamericanos en un solo haz federal firme y fraterno.

Por si el acopio de datos y antecedentes que han permitido al autor un trabajo de tan sólida estructura histórica fuera poco, se han agregado al final del volumen cinco documentos que confirman lo expuesto en sus páginas sobre las intenciones de Morazán, su obra y el premio de la posteridad.

Para su colección "Los hombres representativos", ha publicado el libro la Editorial Nova.

(Tomado de *La Prensa*, de Buenos Aires, Argentina, diciembre 21 de 1947).

EVOCACIÓN PATERNA

Las siete llagas

Por *Alfonso REYES*

(Envío del autor, en México, D. F. *Véanse las tres entregas anteriores*).

Tenía, simbólicamente, siete heridas de guerra —salvo rasguños y contusiones— sin contar las que causaron su muerte.

Aún no alcanzaba los diecisiete años, cuando los vaivenes del servicio lo llevaron a las campiñas de Querétaro. Ya estaba fogueado, ya la hoz había silbado junto a él. No se le quitaba la maña, adquirida en los días pueriles, de retozar con peligro. Y entonces la guerra consentía los duelos singulares, y aquellas hazañas aisladas, comparables a las "aristías" de los héroes homéricos.

Con un grupo de oficiales, entre los que andaban otros generales futuros —Juan Hernández y Clemente Villaseñor— se acercaba todas las tardes a la plaza sitiada; para desafiar individualmente a los enemigos, unos extranjeros, y otros, mexicanos ofuscados. Aquello ocasionaba breves escaramuzas y caballerescos pasos de armas, y tenía sus puntas y ribetes de indisciplina: propio achaque de un pueblo hecho a pelear en guerillas, y por afición más que por oficio.

Era el 7 de marzo de 1867. El general Tomás Mejía asomó con una pequeña escolta. Aguijaron a su encuentro los temerarios oficiales, resueltos a dar un buen golpe. Pagaron caro su atolondramiento. De repente se vieron envueltos por una columna que, por todas partes, pareció brotar de la tierra. El teniente Reyes se encontró rodeado por un piquete de húngaros que usaban unos sables cortos y anchos, con un lomo hueco en que corría una gota de azogue para dar mayor inercia al tajo. El teniente rompió la lanza al primer tope, como en los torneos de antaño, y se mantuvo repartiendo varazos con la contera, mientras los húngaros se encarnizaban en él a su sabor. Cayó del caballo. Le dispararon al pasar, desde arriba, y allí lo dejaron por muerto. Casi inconsciente, logró arrastrarse hasta un arroyo, en busca de agua. Perdió el sentido.

Por la noche, sus compañeros vinieron cautelosamente a buscarlo. Juan Hernández, provisto de una linterna sorda, dió con el cuerpo tumbado de bruces y medio metido en el agua. Tenía tres heridas. La primera, un lanzazo entre ceja y ceja, que por suerte no dejó señal apreciable, aunque sí cierta debilidad en un ojo. Muchos años después, para presenciar unas maniobras en Francia, como le sobrevino una fluxión de sangre, se aplicó un parche de cualquier modo, y al regresar a París el ojo estaba ya perdido; aunque solamente se lo confesó a mi madre, y creo que hasta hoy poco se supo. La segunda herida fué un balazo en el cuello, que de casualidad no interesó nervios, huesos ni arterias. Y la tercera, un bayonetazo en la espinilla que astilló el hueso sin más que las consecuencias inmediatas, aunque él siempre dijo que había sido una de sus heridas más dolorosas.

Cuando la plaza se rindió, el herido entró en camilla, acompañando a los vencedores.

* * *

Y llegamos al 14 de febrero de 1870. Combatía en Zacatecas, al lado de los leales, contra las fuerzas del general Pedro Martínez, sublevadas contra Juárez. Una escolta se adelantó a reconocer el terreno. Al trepar la loma, el teniente dijo:

—Mi capitán, oigo ruido de armas.

—¿No será ruido de miedo? —le contestó el capitán, que seguramente ignoraba con quién tenía que habérselas.

En llegando a lo alto, se descubrió a la vista el campamento de los rebeldes. El capitán consideró que ya había visto bastante, y ordenó la media vuelta; pero el teniente, herido en lo vivo, a la fuerza casi le arrebató el permiso de guardar el punto, con un sargento de su confianza. Había concebido un plan digno de la Dolonía que figura en el canto X de la *Ilíada*, donde, solos Odiseo y Diómedes, dan muerte al espía Dolón, al jefe Reso y a sus tracios, y regresan a las naves aqueas con un refuerzo de caballos robados al enemigo.

Valiéndose, pues, de la igualdad de los uniformes, el teniente y su sargento se metieron sencillamente entre los rebeldes; y, haciéndose portadores de un mensaje, preguntaron por el general Martínez. Se les dijo que sólo se encontraba en el campamento el segundo en jefe, el Cuartel Maestre, que lo era el coronel Jáuregui, a cuya presencia lo llevaron. En voz baja, el teniente dijo al sargento:

—Nos conformaremos con éste.

Lo abordaron frente al zaguán de una hacienda, y sin perder tiempo en palabras, el teniente lo levantó en vilo desde su caballo, y rompió por entre la soldadesca a galope tendido. Se produjo tal confusión, que todos se tiroteaban entre sí, no pudiendo imaginar lo que sucedía, ni admitiendo que dos hombres solos fueran capaces de esta audacia y creyendo cada uno descubrir un adversario en el que encontraba. Una bala mató al sargento; otra le rozó el cuello al teniente, sin lograr arrebatarle su presa. Y así, con su fardo a cuestas bien abrazado, jubiloso y chorreando sangre, volvió a incorporarse a sus tropas, que lo recibieron tocando dianas y apenas querían dar crédito a sus ojos.

A los pocos días, mi padre ascendía a capitán. Años después, cuando ya era Jefe de la Zona en San Luis Potosí, aquel mismo Jáuregui resultó su subordinado, y fueron amigos hasta el fin. En cuanto al general Martínez, al morir dejó a su hijo Nicolás en manos de mi padre, que siempre lo tuvo como propio y le dió carrera en el Colegio Militar. El y Gustavo Salas fueron sus primeros ayudantes durante su comisión en París. Paso de largo sobre ciertas cosas sombrías. Nicolás murió en combate contra los revolucionarios en 1910.

Y esta herida ni siquiera la computo, porque es uno de tantos percances que acaban por perder valor en la existencia del combatiente, y porque ni siquiera le impidió concurrir, al otro día, a la acción del Mal Paso, contra la gente de Martínez. Allí recibió un balazo en el pecho. Hagamos con las dos heridas una sola. Ni así pudieron con su increíble resistencia. Pasa otro día más, y todavía, en la retirada de Zacatecas, tiene ánimos para salvar los depósitos de la 4ª División, que se habían quedado en esa plaza, y evitar que les echen mano los rebeldes.

* * *

Cuando el general Ramírez Terrón se levantó en Sinaloa, mi padre, Coronel de Caballería, recibió del General Carbó la orden de reducirlo. Contaba con su 6º Regimiento y algunos otros contingentes de poca monta. Sus fuerzas apenas alcanzaban un tercio de las contrarias. Estas se habían fortificado en la Casa Municipal de Villa de Unión, y consistían, sobre todo, en infantería y cuatro cañones. La situación era desesperada.

El 4 de julio de 1880, mi padre atacó, casi a machete puro, aquella fortaleza artillada y defendida por un cuerpo de infantería. En los primeros instantes, perdió las dos terceras partes de sus hombres, y los demás comenzaban ya a dispersarse. Las fuerzas que debían protegerlo, informadas por los fugitivos, lo abandonaron, dándolo por perdido y muerto. Tal noticia llegó a mi madre, que se puso al instante en camino para recobrar sus restos.

Mi padre, entretanto, con sobrehumano esfuerzo, todavía atacó y fué rechazado dos veces. Llegaron a morírsele en las piernas hasta siete caballos. Se valió de mil estratagemas y aun arrastró un barril sólo cargado con piedras como el cofre del Campeador, pretendiendo dinamitar la torre de la capilla, de donde los adversarios le hacían fuego. Juntó al fin, a sus escasos supervivientes y a sus oficiales, y entró con ellos hasta la plaza. Comenzó a dar órdenes ficticias a Felipe Neri, para fingir que aún contaba con fuerzas. Le entendió el intento el bravo Neri, cuadróse como para recibir instrucciones, y se alejó al galope, simulando que iba en busca de nuevas tropas apostadas por el contorno.

Entretanto, el Coronel Reyes adelantó el caballo, a pesar de los disparos que le hacían desde lo alto de la Casa Municipal, e intimó la rendición a los adversarios, volviéndose de tiempo en tiempo a los suyos para seguir dando órdenes quiméricas. Ya no le quedaba más gente que el pequeño grupo de su cortejo, pero nadie lo hubiera creído. Un hombre que se atrevía a tanto, pensaron, sin duda era dueño de la situación. Su presencia de ánimo realizó el milagro. Algún caballeroso adversario —lamento no saber quién fué— comenzó a gritar: "¡Alto el fuego! ¡No se asesina a un hombre que está ofreciendo parlamento!" Entonces se produjo una lucha entre los mismos defensores de la Casa Municipal, que empezaron a pelear entre sí, unos por seguir combatiendo y otros por rendirse, y aun algunos arrojaban ya a la plaza sus fusiles.

Ramírez Terrón bajó en persona a parlamentar con mi padre. Este sólo se dió cuen-

ta en ese momento de que llevaba el sable colgado por la correilla del puño, y la mano derecha atravesada de un balazo. Otras dos heridas había recibido, sin percatarse de ellas en el calor de la refriega, pero resultaron menos graves: una en el costado izquierdo y otra en un talón, ambas de bala. Al echar pie a tierra para hablar con el enemigo, estuvo a punto de derrumbarse por efecto de las hemorragias. Se envolvió en el capote militar para no dejar ver su estado, apretó el cuerpo e impuso a Ramírez Terrón las condiciones que éste aceptó: entrega de la plaza, los cañones y las banderas; retirada del enemigo con sus hombres y municiones, dándole un plazo de tres horas para alejarse, al cabo de las cuales se reservaba el derecho de perseguirlo y atacarlo. Ramírez Terrón aceptó. Llorando de emoción y de modo espontáneo, comenzó a dispersar a su gente. Lances de tamaña nobleza, en que los guerreros conservaban la cortesía en medio de la matanza y tenían por honra el combatir sobre aviso, apenas parecen hoy comprensibles.

Ramírez Terrón abandonó el campo, y algún tiempo después, fugitivo y solo, fué a morir a manos de otros. Se defendió con el revólver, hizo algunas víctimas y se dedicó la última bala. Al recoger su cadáver, le encontraron una carta dirigida a mi padre. En ella le declaraba que moría pobre y dejaba sin recursos a su viuda y a sus dos huérfanas. Invocando la hermandad de las armas, confiaba su familia a mi padre para que éste la protegiera. Mi padre lo hizo, en efecto, y aun obtuvo para ella una pensión del Gobierno de Sinaloa, en mérito a los antiguos servicios de Ramírez Terrón. La viuda se desposó en Mazatlán con cierto médico filántropo, alemán de naturaleza, y las hijas adoptaron el nombre de su padrastro, por el amparo que él supo dispensarles.

Cierto estúpido cronista local que, mientras mi padre fué poderoso, enviaba a éste sus publicaciones (alguna he heredado yo en mi bibliteca privada), con humildes dedicatorias en que casi se le ponía de rodillas, compilaba para sí, y en vista de los nuevos vientos que soplaban, algunas efemérides, más tarde aparecidas, en que pretendió desnaturalizar esta proeza, digna del Romancero, y quitarle todo su valor. Según el triste sujeto, a quien haré la gracia de no nombrar, todo aquello fué arreglado de común acuerdo entre los dos jefes ¡porque ambos eran masones!

¡Claro que lo eran! Y ello no tenía entonces nada de extraño. Los grupos masónicos organizados en México a principios del XIX, aunque se dividieron en escoceses y yorkinos, ni correspondían por su filiación a las logias extranjeras de iguales nombres, ni eran otra cosa que agrupaciones políticas muy heterogéneas por cuanto a su relación con la creencia y con la política eclesiástica *.

La masonería mexicana, en cierto momento, sin compromiso mayor de conciencia, vino a ser el medio único de conspirar y reclutar voluntades para la defensa del país contra la invasión y la traición. Muchos jóvenes de entonces tuvieron que ingresar en la masonería para poder pelear por la República. Mi padre me ha contado las carcajadas con que pasó, de muchacho, por las pruebas de la iniciación, en el rito escocés (el de tradición más limpia) al ver que tantos señores pacíficos, a quienes conocía como mansos vecinos, le ponían la espada al pecho en ademán patibulario. Después, durante su desempeño político en Nuevo León, la masonería nunca fué irrespetuosa para ninguna creencia y la aprovechó como medio de crear una cohesión mayor entre clases trabajadoras —que aún no había sindicatos— y de ponerlas en contacto directo y fácil con el gobernante. Ya en mis días, tuvo que llamar al orden a cierto sacerdote y hacerle comprender, con toda la energía que él ponía en sus razones, la conveniencia cristiana de no perturbar la nave del Estado. Y debo añadir que fué entendido y obedecido. Nunca sacó las cosas de quicio, ni se le ocurrió jamás dictar en esto la conducta que había de elegir su descendencia, libertad que siempre le agradeceré; ni aceptó convertirse nunca en el Grande Oriente, por mucho que se lo ofrecían. Consideraba con igual simpatía éste y los demás instrumentos que pudieran crear entre los hombres una asociación más íntima, encaminada al bien social. Como quiera, figurarse, con aquel infeliz cronista, que los hombres se someten a tales trances, y se juegan la propia vida, su honor de valientes, la carrera, la consideración de sus conciudadanos y la suerte de los suyos por mero fingimiento y teatralidad, es tener la sesera llena de algo que yo me sé y todos adivinan.

Yo he ido en persona a Villa de Unión, y he verificado de cerca los documentos; y hablé todavía con testigos presenciales, como el anciano Carlos Tostado, que vivía fascinado por el recuerdo, y a quien he citado por su nombre en cierto poema que consagré a Villa de Unión **. Y vi todavía las huellas de los balazos en los muros de la Casa Municipal; y en la escalinata del frente, la grada en que mi padre descansaba el pie herido, haciendo prodigios de equilibrio, mientras dictaba sus términos a Ramírez Terrón y su sangre iba goteando en el suelo.

Una vez cobrada la plaza, mi padre fué transportado prontamente a la fábrica de hilados que aún existe, como existe también el tosco banco de palo en que lo tendieron para hacerle los primeros vendajes. Por cierto que los dueños, que siguen siendo unos españoles como en 1880, me ofrecieron enviarme a México ese banco —reliquia para mí inapreciable— y todavía lo estoy esperando.

A marchas forzadas de diligencia, enviaron médicos desde México para salvar al herido. Los cirujanos locales se empeñaban en cortarle la mano y, aprovechando su desmayo, ya habían atravesado la herida con una mecha al modo de entonces, para proceder a la amputación. Mi padre volvió en sí un instante, y lo primero que hizo fué arrancarse la mecha. El dolor le produjo un segundo síncope. Mi madre llegó a tiempo para evitar que los cirujanos locales ejecutaran su intento. Lo estuvo cuidando largos días en una sala de la fábrica, donde tenía que entrar descalza y de puntillas, por el dolor que sentía mi padre con la sola vibración del piso de tarima. Mi hermano Bernardo recordaba todavía la llegada a Villa de Unión, en compañía de mi madre; y en su imaginación de niño se había grabado uno de aquellos siniestros rasgos que son la fantasía de la guerra: a la entrada de la plaza, en la esquina, había un ojo humano arrancado de cuajo y pegado al muro por efecto de una explosión.

De acuerdo con la Ordenanza Militar, y en el mismo sitio, mi padre recibió dos ascensos del Senado de la República, pasando de Coronel a General de Brigada efectivo. Era la tercera vez, en la historia de nuestro ejército, que se daba la oportunidad de aplicar este precepto de la Ordenanza. Entiendo que los otros dos casos fueron Santa Ana y Miramón.

El pintor Francisco de P. Mendoza ha hecho, sobre este tema, un cuadro histórico ("¡Abajo las armas!") que aún se conserva en la familia.

—

* J. Bravo Ugarte, *Historia de México*, III, Ed. 1944, Páginas 168-169.

** *Villa de Unión*, México, Fábula, 1940.

Briznas fragantes

Por *Josefina* ZENDEJAS

(En el *Rep Amer*. Atención de la autora).

Un hilillo de agua no desconoce la sabiduría, aunque sería incapaz de jactarse por ello.

*

La burbuja va en lo alto de toda corriente porque... está llena de aire.

*

El agua de la superficie canta o gime; el agua de la profundidad sólo sabe callar.

*

Idéntica ola con agua diversa... ¿No es así el eterno fenómeno de la vida?

*

De la tierra surge la violeta, maravilla de forma y de esencia, y yo sigo llamando despectivamente a la tierra: "polvo".

*

La montaña da asilo a mi cuerpo, lo que no obsta para que, a veces, yo le ofrezca mi interior como un amplio y dulcísimo refugio.

*

La lámpara que conduce la llama, es mesurable, no así, el alcance de su luz.

*

La brea encendida en oficio de antorcha, es algo más que respetable.

*

No todo es fibra intocada en el árbol erguido, que, a veces, la carcoma se aposenta en su médula, de ahí el triunfo del viento.

*

Niégate al sueño, pupila mía, y espera; las marejadas de la onda que entrega lo que al abismo arranca, están ya por alzar su generosa tormenta.

*

Dura puerta de entrada tiene la corteza, mas sabe ocultar de fatales intemperancias la delicadeza de la savia.

*

De la delicadeza de la rama fiera, da señal el ternísimo brote.

*

No siempre me entusiasma una biblioteca lo que un conjunto de árboles.

*

De tal manera mi charla conmigo misma es interminable, que rara vez concluyo de leer una página sin necesitar escribir dos.

*

Las palabras que conceptúo más profundamente connotativas, son: "soledad" y "silencio".

*

Como una lente tensa estoy en espera del rayo que ha de arder y consumir lo bajo y deleznable de mi propia personalidad.

*

Lo bajo no está en ninguna parte, sino en mí misma, en cuanto a que lo comprendo bien, aun cuando, gazmoña, le haga ascos.

*

La menor hojita conserva el toque directo de la divinidad, y es la expresión de un pensamiento suyo.

*

El troquel de cada cosa se guarda en la divina mente, ¡hasta dónde será todo adorable!

*

Con los pies descalzos se precipita del manantial al agua, ella sabe que en todo recodo la aguarda una sed que plañe y se emboza con nubes de polvo.

*

Hay alianzas que no son felices: la del agua y el polvo producen el enojoso lodo.

*

El golpe dado a una piedra para hacerla avanzar, es del todo infructuoso, porque la piedra carece de camino.

*

La intransigencia es el metal de inatacable dureza de que se ha blindado el hombre.

*

El hombre que cree saber y que se jacta de ello, está más ciego que el propio ignorante.

*

Cuántas veces, en plena ciudad, tenemos la impresión de estar ante tremendas madrigueras.

*

No siempre es necesario el concurso del bailarín para comprender la danza.

*

A nadie le ha ocurrido poner precio a la contemplación del lago a la hora del crepúsculo; sin embargo, supera en belleza a las cosas por las que se suele pagar alto valor.

*

Cuán pocas veces ha ganado mi atención un conferencista, por sobre el canto de un mirlo.

*

Es muy posible que el ave no sepa al dedillo las reglas del vuelo, mas surca los espacios.

Av. Oaxaca, 80. México, D. F.

La dramática realidad política peruana

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor)

Cuando escribo estas líneas el Perú ha retornado al padecimiento de la vida anticonstitucional, cuya cancelación creímos alcanzar, después de quince años de lucha con las oligarquías reinantes, el 28 de julio de 1945.

Es difícil que el lector extranjero se dé cuenta de la realidad política de mi patria, si se atiene a las noticias cablegráficas desnaturalizadas por la censura, o desconoce los antecedentes de los hechos consumados. Por eso es que intento estas breves líneas de esclarecimiento y de información.

Cuando salí del Perú no funcionaba ya el Congreso por una "cunda" maniobra del conservadorismo peruano; con un decreto del Ejecutivo se había reemplazado las Juntas Municipales Transitorias por las llamadas Juntas de Notables, reviviendo la abusiva costumbre de las pasadas dictaduras; se pretendía, por fin, intervenir las Universidades, clásicos reductos peruanos de la vanguardia ideológica y renovadora. No operaba el control parlamentario, se había liquidado la autonomía municipal y se amagaba la vida de la Reforma Universitaria. Estos hechos bastaban para asegurar que el gobierno peruano estaba derivando peligrosamente a la dictadura. Es posible decir ahora que está en pleno período dictatorial. Ha desembocado a él con el reciente Decreto que convoca una Asamblea Nacional Constituyente para "reanudar el funcionamiento del Poder Legislativo y reformar la Constitución vigente".

No hay argumento alguno —ni político ni jurídico, ni moral— para justificar la expedición del desventurado Decreto.

Desde el punto de vista político, el único problema insoluble desde julio de 1947 era el receso del Congreso. Pudo el Gobierno solucionarlo obligando constitucionalmente la concurrencia de los "21 conservadores huelguistas", cuya inasistencia negaba el quorum de ley para elegir la mesa directiva del Senado, paso indispensable para la instalación del Congreso, según nuestro sistema parlamentario bicameral. No lo hizo, desafortunadamente. Más aún, en forma extraña y por demás equívoca, aplazó, una y otra vez, la realización de las elecciones complementarias, de las que pudieron salir los senadores necesarios para alcanzar el quorum reglamentario.

Jurídicamente, es completo el desamparo del infausto decreto. "Las Constituyentes se convocan para dictar una Constitución, cuando ésta no existe, o para recuperar el ritmo jurídico entorpecido por la violencia, como sucedió en el Perú con las Constituyentes de 1919 y 1931. En caso contrario, convocar a una Constituyente al margen de la Constitución que rige, es salirse de ella y violarla. La Constitución Peruana señala (Art. 236) los únicos caminos a seguir para su reforma, los legislativos. No menciona Asamblea Constituyente ni Plebiscitos: las primeras, organizaciones de hecho, no de derecho; los segundos, típicos procedimientos totalitarios, amparados por la fuerza, transgresores del constitucional precepto del voto secreto.

El Decreto pretende basarse en dos disposiciones de nuestra Carta Política, contenidas en los artículos 134 y 154. Es fácil quitarle el falso fundamento. El artículo 134 indica "que el Presidente de la República es el Jefe del Estado y personifica a la Nación", pero no es Jefe de un Estado Totalitario "sino de una República Democrática" (Art. 10) y "el Poder del Estado emana del pueblo y se ejerce por los funcionarios con las limitaciones que la Constitución y las leyes establecen", según el mismo artículo. El artículo 154 menciona entre las principales atribuciones del Presidente: "mantener el orden interno y la seguridad exterior de la república *sin contravenir la Constitución y las leyes*" o "Reglamentar las leyes sin *trasgredirlas ni desnaturalizarlas y, con estas mismas restricciones, dictar decretos y resoluciones*" o "Intervenir en la formación de las leyes y resoluciones legislativas conforme a la Constitución" o "ejercer las demás funciones del Gobierno y administración que la Constitución y las leyes le encomienden" (Incisos 2, 6, 8 y 27). ¿Dónde está, implícita o explícitamente contenida la invocada atribución constitucional para convocar una Asamblea Constituyente?

No existe, igualmente, argumento moral que justifique el tantas veces citado Decreto, verdadero "golpe de Estado" del Presidente Bustamante y su gabinete. El deber del Gobierno no era, en efecto, jugar la reputación del régimen y la fe del electorado que le dió el Poder, dando un paso anticonstitucional con el que arriba a una triste Dictadura, liquidando el régimen democrático, "fruto del más bello movimiento cívico producido en el Perú durante el presente siglo", como dijera Rafael Balaunde. Bustamante aceptó la candidatura a la Presidencia aceptando el ideario renovador para restaurar y afirmar la Democracia en el Perú. Muy poco ha durado su fidelidad al patriótico compromiso. Primero se divorció de los grandes sectores ciudadanos que le dieron la victoria electoral; luego dejó hacer a la reacción conservadora, recuperada e insolente tras el estupor que le produjo su aplastante derrota; por último rompe las amarras de su régimen a los postulados democráticos que le prestaron vida e imposición, para dejarlo a la deriva en las aguas totalitarias de una franca dictadura.

El vió desde el principio —el Perú lo sabe y América debe conocerlo— que el tozudo conservadorismo peruano jamás transigiría con el programa renovador del Poder Legislativo. Contempló la serie de maniobras sucias y los trapisondeos de mala ley ejercitados por la Derecha intolerante, para impedir una acción legislativa que beneficiaría a las mayorías, pero que afectaba sus intereses. De allí nació la cunda duendería de aquella huelga de los 21 senadores, con el objeto de no dar quorum al Senado y, consecuentemente, impedir la reunión del Congreso. Abatir el Congreso, era la consigna. Lo ha logrado la Derecha por la impotencia o la complacencia del Ejecutivo. De este modo, la oligarquía peruana se libra de pagar los 200 millones de impuestos, calculados en el Presupuesto que hizo el propio Gobierno; persistirá el abusivo privilegio de los "certificados de oro", responsables de la creciente carestía de la vida; permanecerán

"congelados" los proyectos de industrialización y avance material del Perú, que amenazan los intereses latifundistas; no llegará a traducirse en realidades toda la justa legislación social, sanitaria, educativa, laboriosamente edificada para superar un tanto la indigna postración de nuestras mayorías explotadas, miserables y analfabetas.

Creo un deber peruano y americano hacer conocer la realidad política peruana en estas líneas. En la comunidad americana repercuten, funesta o saludablemente, los movimientos totalitarios o democráticos que se operan en cada pueblo del Continente. Que la conciencia continental sopese el infausto suceso que conmueve al pueblo peruano. Y que, consecuentemente, imparta el veredicto moral que corresponda.

Abraham ARIAS-LARRETA.

Los Angeles, Calif. Agosto 1948.

La imaginación

Por *Roberto G. INGERSOLL*

(Traducción del inglés y envío de *Constantino Salas*, en la ciudad de Nueva York. 1948)

El hombre de imaginación, es decir, el hombre de genio, al ver una hoja y una gota de agua, puede reconstruir la floresta, los ríos y los mares. En su presencia todas las cataratas se despeñan formando blancas espumas, se alza la bruma, se forman las nubes flotantes.

Conociendo los hechos conoce su realidad y sus pareceres. Ve Shakespeare una cota de malla e instantáneamente imagina la sociedad, la condición que la produce y lo que origina; ve el castillo y el puente levadizo, la dama en la torre y el amante caballero espoleando su corcel por el campo. Ve el barón atrevido y da la gloria y la miseria de la vida feudal, sus rudas cohortes, el siervo pisoteado y toda la gloria y la miseria de la vida feudal.

El hombre de imaginación ha vivido la vida de todas las gentes y de todas las razas. Fué un ciudadano de Atenas en los días de Pericles y oyó la impetuosa elocuencia del gran tribuno. Se sentó en el peñasco y con el poeta trágico oyó "la risa de multitudes del mar". Vió a Sócrates atravesar con la lanza de su pregunta el escudo y el corazón de la falsedad. Estuvo presente cuando el grande hombre apuró la cicuta y salió al encuentro de la noche de la muerte con la misma tranquilidad con que sale la estrella al encuentro del amanecer. Ha seguido las filosofías peripatéticas y lo han intrigado los sofistas. Ha observado a Fidias cincelar la piedra amorfa en formas de amor y de maravilla. Ha vivido junto al bajo Nilo entre lo vasto y lo monstruoso. Conoce los pensamientos íntimos que forjaron la forma y los rasgos de la Esfinge. Ha oído el canto matutino del gran Mennon. Lo ha depositado con el embalsamador, y con los muertos que esperan sintió dentro de sus cenizas la esperanza de otra vida entremezclada con frías y ahogadoras dudas, los hijos que nacen del largo esperar.

Ha caminado por las sendas de la poderosa Roma, ha visto a César conduciendo sus legiones por la campiña, ha estado entre vastas y heterogéneas muchedumbres. Ha visto, en los honores del triunfo, a los caudillos victoriosos seguidos por reyes destronados, sus huestes cautivas, el botín, la guerra inmisericorde. Oyó la gritería que estremeció los muros sin techo del Coliseo cuando cayó la espada del gladiador vacilante, mientras que de su pecho se escapaba el raudal de la agotada vida.

Ha vivido la vida del hombre salvaje, ha pisado las profundidades de la selva muda, y en la lucha desesperada de la vida o de la muerte, ha enfrentado su pensamiento con el instinto de la bestia.

Conoce todos los crímenes, todos los sinsabores y todas las virtudes. Ha sido víctima y vencedor, perseguidor y perseguido, paria y rey; ha oído los aplausos y las maldiciones del mundo, y en su corazón han caído todas las noches, todos los amaneceres, todos los fracasos y todos los triunfos.

El conoce los pensamientos sin voz, las ansias mudas, los anhelos y los caprichos de las fieras. Ha sentido la emoción del tigre que se agazapa para lanzarse sobre su presa, y con las águilas ha compartido el éxtasis del vuelo, la pausa agresiva en el espacio y el ataque súbito; se ha tendido con la serpiente perezosa en las peladas rocas, desarrollando sus anillos al sol del mediodía.

Se ha sentado a la sombra contemplativa de los árboles sagrados, envuelto en el pensamiento potente de Budah; y ha soñado los sueños que la luz, la alquimista, ha forjado del polvo y del rocío y almacenado dentro de la sangre soñolienta de la adormidera sutil.

Se ha arrodillado con reverencia y temor ante todos los altares, ha ofrecido todos los sacrificios y todas las oraciones, ha sentido el consuelo y el terror escalofriante, ha visto los diablos todos, se ha burlado de todos los dioses y los ha adorado a todos ellos, disfrutando de todos los cielos y sentido las torturas de todo infierno.

Ha vivido todas las vidas, y a través de su sangre y de su cerebro se ha infiltrado la sombra y el frío de toda muerte; y su alma, como el cosaco Mazeppa, ha sido atada desnuda al caballo salvaje de todos los odios, de todos los miedos y de todos los amores.

La imaginación tiene un escenario dentro del cerebro en donde ella arregla y acomoda todo el drama que existe entre la mañana de la risa y la noche de las lágrimas y en donde los actores exponen y manifiestan lo falso y lo verdadero, la alegría y el pesar, los bajíos descuidados y los trágicos abismos de toda vida.

Uruguay, otro jalón del imperialismo yanqui en America

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor)

Es muy duro tener que escribir de esta suerte cuando de la patria de José Enrique Rodó y de Juana de Ibarbourou se trata. Pero nuestra misión es la de escribir la verdad y no hemos de retroceder en ella, aunque sus severas aristas nos hieran a nosotros mismos, que hemos sentido siempre amorosa veneración por esta pequeña gran República ejemplar de América.

Por supuesto, que bien sabemos que sólo se trata de una situación transitoria, ocasionada por el triunfo del herrerismo en la Banda Oriental. Bien sabemos que en la tierra generosa que libertó José Gervasio Artigas no puede florecer el esclavismo y que ya en el seno de aquel gran pueblo se agitan las fuerzas nobles y potentes que han de dar al traste con esta era de lacayismo gubernativo, tan inusitada y lamentable, que la actitud del jefe de la Delegación uruguaya en las Naciones Unidas provocó recientemente una severa frase de parte del Delegado ed la Ukrania, en el sentido de que "tal parecía que el gobierno del Uruguay buscaba el honor de que su país pasara aser el "estado Nº 49" de la Confederación Norteamericana".

El Uruguay, piedra de toque de la cultura en nuestra América, rincón luminoso de la región rioplatense, sabrá salir victorioso de esa anómala situación, inexplicable para un país que fué siempre vanguardia de la libertad y de la verdadera Democracia en América. El "pequeño país de gigantes físicos e intelectuales al sur del Brasil" que dijera José Vasconcelos en su *Raza Cósmica* no puede seguir asumiendo la triste posición de estado satélite de Washington y reconquistará un día de éstos su puesto de honor entre las hijas predilectas de la cultura hispánica en América.

No es que el pueblo uruguayo haya degenerado. Es que precisamente, su generoso sentido democrático, ha dado cabida a la reacción para entronizarse en el gobierno y atentar contra ese mismo sentido democrático. El Uruguay es el país de Sur América que comparte con Costa Rica, esa Democracia ejemplar de Centro América, el honor de contar en su historia menos revoluciones, asonadas y golpes de estado. En ambos países está en peligro en este momento la Democracia. Pero no dudamos que ambos saldrán victoriosos de la prueba.

El imperialismo lleva a cabo su nefasta labor avasalladora, generalmente, en los países donde por amor de la agitación política y de los frecuentes cambios de gobierno, la cultura ha sido más descuidada en nuestro Continente. El Uruguay, cuyo gobierno tuvo la ejemplar gentileza de limitar sus obsequios al Presidente Hoover de Estados Unidos, en su famosa "visita de buena voluntad a América Latina" a una copia de la Constitución encuadernada de piel de carnero, al igual que Costa Rica, que recibió y escoltó al mismo visitante con escolares, en vez de soldados, ese gran país, repito, sabrá librarse pronto de la pésima influencia ejercida en su destino por dos sucesivos gobiernos reaccionarios, que han dado ya muestra palpable de su incapacidad para regir a un pueblo culto y democrático por excelencia.

Así lo esperamos los que hemos aprendido a querer y respetar al gran pueblo Oriental por la obra de sus grandes hombres y mujeres. Y el imperialismo verá una vez más frustrada su labor sombría de soborno, de coacción y desprestigio de nuestros países. Como la verá también frustrada en Puerto Rico, en día no lejano.

J. ENAMORADO CUESTA.

San Juan, Puerto Rico, julio de 1948.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mis de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ¢ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Atención del autor:

Juan José Domenchina: *Pasión de sombra.* (Itinerario). Editorial Atlante. México.

*

Como envío de la Casa de Montalvo, Ambato, Ecuador:

Juan Montalvo: *Siete Tratados.* II: *De la belleza en el género humano.* Ambato. 1942.

*

Como envío de la Editorial Ercilla, Santiago de Chile:

Ramón Gómez de la Serna: *La Nardo.* (Novela grande). Reedición.

*

Nos ha remitido don J. M. Benítez (Bolívar 19, Dep. 209. México, D. F.) y como una cortesía de la Editorial PRISMA, A. C. (Texas Nº 97, México, D. F.) esta obra:

Horacio Espinosa Altamirano: *Atalaya de Ariel.* Romances de Hierro y Sangre. Prólogo de Humberto Tejera.

(Espinosa Altamirano, voz del ámbito y el instante. Poeta del Caribe).

(*"A Guatemala, la tierra donde vi la luz; a Nicaragua, la tierra que me dió la sangre; a México, la tierra que me dió el espíritu"*).

*

Señalemos: *El arte del indio en los Estados Unidos.* Por René D'Harnoncourt. Publicado en 1943 por The National Indian Institute. U. S. Department of the Interior. Washington, D. C.

*

Catálogo de la Exposición de Libros Bolivarianos organizada con motivo del Centenario del traslado de los restos del Libertador a Caracas. 16 de diciembre de 1942-20 de enero de 1943. Caracas 1943.

(Edición de la Biblioteca Nacional. Caracas).

*

Universidad de Chile. 1842-1942. Fotografías de Antonio Quintana. Ilustraciones de Luis Vargas Rosas. Dirección de Rómulo Herrera.

*

En las publicaciones del Ministerio de Educación, Rep. de Panamá:

Una nación en guerra (Ciclo de conferencias). Universidad Nacional. Panamá. 1942.

*

En los "Clásicos de América", ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana:

Ricardo Palma: *Flor de Tradiciones.* Introducción y notas de George W. Umphrey y Carlos García Prada, University of Washington, Seattle, Wash.

*

Como envío de la Legación de Guatemala en Costa Rica:

Bajo las alas del Aguila. Por José Rodríguez Cerna.

(...libro, que es de frágil comentario y mero impresionismo. Ese es su distintivo y su carácter).

Es una edición de ZIG-ZAG, Santiago de Chile, 1943:

Benjamín Subercaseaux: *Retorno de U. S. A.* New York, Spring. 1943.

(Crónicas. Un cuadro vivaz, ameno, lleno de vida, impregnado de sabor artístico).

*

Atención de los autores:

Emilia Romero: *Juegos del antiguo Perú.* Contribución a una historia del juego en el Perú. Ediciones LLAMA. Lima.

Rafael Heliodoro Valle: *Visión del Perú.* Ediciones LLAMA. Lima.

Acacio Franca: *Em louvor das Américas.* Río de Janeiro. 1944.

Con el autor: Rua 2 de Dezembro 125. Ap. 12. Río. Brasil.

Gonzalo Frías Beltrán: *Voz recobrada.* Poemas. Editorial Cultura. México, D. F. 1944.

Con el autor: Gómez Farías 66-204. México, D. F. México.

Gastón Gori: *Vidas sin rumbo.* Narraciones. Santa Fe. Bs. Aires. 1943.

Prof. Dr. Alejandro Lipschütz: *El indoamericanismo y el problema racial en las Amécas.* 2da. edición. Corregida y aumentada con 82 figuras. Editorial Nascimento. Santiago de Chile.

Con el autor: Correo 16. Santiago de Chile.

Constancia de la Mora: *Doble esplendor.* Autobiografía de una mujer española. Distribuída por la Editorial ATLANTE, S. A. México. 1944.

El capítulo IV de los cinco que componen la obra se titula: *Viudas de héroes antes que esposas de cobardes.*

Daniel Castañeda: *Arcillas mexicanas, Poemas y Un canto a la Revolución.* Con un *sketch* y cuatro apuntes de Juan José Segura. México. 1936.

Daniel Castañeda: *Ritmos de Danza. Diez poemas sobre diez aguasfuertes de Juan José Segura.* Editorial PRISMA. México. 1944.

Con el autor: 5ª Calle del Sabino 181. México, D. F. México.

Herschel Brickell, Agregado Cultural de la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá: *Cosecha Colombiana.* Discursos, ensayos y fragmentos. Con una introducción por Enrique Uribe White, Director de la Biblioteca Nacional. Bogotá. 1944.

Vicente C. Trípoli: *Los litorales.* Buenos Aires. 1942. (Son relatos).

Joaquín Arderius: *Don Juan de Austria, el Emperador frustrado.* En las Ediciones Nuevas. México, 1944, y como una de las Vidas Españolas e Hispanoamericanas.

(El elemento humano en que en este libro de Arderius es, precisamente, el primer móvil, el primer personaje, el héroe).

Francisco Alejandro Lanza: *Hoy, padre, es Navidad.* Biblioteca ALFAR. Montevideo. 1944.

Hoy, padre, es Navidad y vengo
junto a tu puerta en esta luminosa
mañana de verano
que hace arrullar a las palomas
y pienso en los regalos que traías
sin faltar una vez, en las remotas
Navidades que fueron.
Mi corazón palpita en esta losa
que el sol calienta dulcemente. Traigo
la vida buena en realidad y hosca
en apariencia que me diste, padre,
y que ennoblece tu recuerdo ahora.

L. E. Nieto Caballero: *Hombres del pasado.* Colección Antología de *Sábado.* Bogotá.

Se trata de Santiago Pérez Triana, Rafael Reyes, Rafael Uribe y Uribe, José Vicente Concha.

("...me he puesto a pensar en que podrían ser del agrado de sus lectores las impresiones que diera, no en forma cronológica, ni de biografía, ni de política, ni de filosofía, sino de simple recuerdo, acerca de algunos hombres ilustres, ya desaparecidos, cuya huella en la República, por sus actos o por sus doctrinas, por su inspiración o por sus libros, es perdurable, es honda, y con los cuales tuve oportunidad más o menos frecuente de encontrarme en contacto".—*Lenc.*)

Gastón Figueira: *Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable.* Biblioteca ALFAR. Montevideo. 1944.

Con el autor: Magallanes, 1070. Montevideo. Uruguay.

"Libro lleno de aciertos, de justicias, de loa fina, de honradez profunda.—*Gabriela Mistral.*

"El primer estudio de conjunto que aparece sobre este poeta".—*Guillermo de Torre.*

Jorge Artel: *Tambores en la noche* (1931-1934). Cartagena, Colombia, 1940.

("Jorge Artel es poeta del mar, alimentado por el sabor de las aguas, los vientos, las luces y la vida oculta del mar. Por eso me atrae su sentido de la poesía. En ella encuentro la vida enorme, libre y aventurada que tanto nos falta en esta melancólica altiplanicie".—*Víctor Aragón*).

Dinner is served, by Luia Forbes. Drawings by Drian Fawcett. 1941.

(De la British Legation. Lima. Perú. Atención de la autora).

(*...my pretentions to be a suitable person to compile a Cookery Book.— ...the many kind friends who have encouraged me to write this little volume*).

Eduardo Ubaldo Genta: *La Epopeya de Bolívar.* Escenarios de: Juan J. Severino. Montevideo.

Con el autor: Duilio 1414. Montevideo. Uruguay.

(Tan magna obra ha sido auspiciada por el Gobierno Uruguayo, expresando su Decreto de fecha mayo 19 de 1944 que, por surgir de la pluma de un hijo del Uruguay, "será un nuevo signo de nuestra vinculación fraternal con Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, cuya libertad se debe al genio de Bolívar; así como a Panamá, objeto de sus inspiraciones por la unidad de América").